La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 14 de septiembre de 1891 — Núm. 507

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ROSA MÍSTICA, cuadro de D. José María Tamburini. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Congreso internacionalista de trabajadores en Bruselas. – Empeños vanos. – Utopías constantes. – Pelea entre los diputados de las diversas naciones. – Imposibilidad de la solidaridad de intereses y de la igualdad de salarios. – La realidad y el sofisma. – Progresos inevitables. – Conclusión.

I

Uno de los fenómenos más curiosos que pueden hoy estudiarse con mayor provecho, es la reunión de trabajadores, periódicamente congregada en diversas ciudades, para discutir asuntos relativos á la organización del trabajo, en las cuales reuniones pláñense, con verdadero fundamento, de sus dolores, y formulan, con mayor ó menor acierto, los consuelos á estos dolores aplicables por las legislaciones futuras, aquellos que llevan la mayor y más pesada carga en todas las sociedades, el trabajo manual diario, y perciben por toda retribución y premio un mísero jornal. Yo los estudio y los compadezco. Ellos creen, sin embargo, que, por llamarnos individualistas los enemigos del sistema social suyo, no llegan hasta nuestros corazones las quejas de los que trabajan y sufren, ó no embargan el entendimiento nuestro los remedios á buscar para tantos males, engañándose así con verdadero engaño. Los que una parte considerable de nuestra vida pasamos en el empeño de acabar con la esclavitud de los negros, y no tuvimos punto de reposo hasta conseguirlo, difícilmente habíamos de mirar con indiferencia los restos de servidumbre dejados sobre la espalda de nuestros hermanos blancos por un trabajo casi forzoso y un salario casi miserable. Hace pocos días, paseándome yo por los maravillosos muelles y viendo el increíble laberinto de canales que á orillas del Escalda ostenta la ciudad mercantil por excelencia de Bélgica, la grande Amberes, topé con una familia, madre y tres hijos, echada en busca de trapos y otros desechos semejantes sobre unos restos de hulla, como pudieran echarse perros vagabundos y sin dueño sobre mondados y fríos huesos. Aquel afán de hallar algo con cuyo precario auxilio sostener una existencia, peor cien veces que la muerte misma, en residuos de residuos, me dió terrible puñalada de dolor en el pecho y me trajo las lágrimas á los ojos, pasando ante mi vista conturbada los dolores de todos, con especialidad aquellos más penetrantes en el corazón de uno: los dolores de las madres. Un rápido examen de conciencia bastó á decirme que yo había hecho en la vida, dentro del radio de mi posibilidad y con mis escasas facultades, todo cuanto había podido por las clases pobres. Pero no puede uno reformar primeramente la naturaleza fundamental humana, cuyas condiciones en modo alguno dependen de la voluntad individual y colectiva, sino del universo entero, de sus leyes eternas; y no puede uno tampoco, ni aun aquello á primera vista más facil, alterar todo cuanto en las instituciones políticas responde á las contingencias y limitaciones de nuestro ser, acompañadas por la sombra siempre de un mal necesario. Una ciencia médica que se propusiera extirpar la muerte caería por su base, y á toda ciencia social que se proponga extirpar en absoluto la miseria le sucederá lo mismo; falta de fundamentos reales, se disipará en sueños y en utopias. ¡Cuántas desgracias, en crueldad mayores que la pobreza, van en la sangre y se reciben del nacimiento por herencia, sin que tengan remedio posible aquí en la tierra! ¡Cuántos heredan con una corona una tisis! ¡Cuántos pasan la vida en el dolor porque la pasaron sus abuelos en el placer! «Nuestros padres, dice la Biblia, comieron agraces, y nosotros tuvimos dentera.» Disminuir el mal es cosa de suyo facilísima; extirpar el mal es cosa de suyo imposible. Pues á extirpar el mal tiran los comunistas, y empeñados en esta empresa utópica marran siempre, y únicamente consiguen la perturbación social en vez del mejoramiento progresivo. Y por extirpar el mal extirpan muchos bienes también, como el Estado, como la propiedad, y, parece imposible, como las libertades modernas, asemejándose así á quien, para quitar una mortífera peste, quitara el aire atmosférico. Cuanto más reflexionamos acerca del socialismo lo entendemos menos. Y sugiéreme tales pensamientos un Congreso internacional de trabajadores que ha coincidido con mi estancia en Bruselas y ocupado con sus sesiones la prensa europea durante dos consecutivas semanas. Inútil ocultarlo: en este Congreso, como en todos los Congresos comunistas, hase tendido por sus individuos al colectivismo, la palabra en sentir mío más comprensiva del nuevo partido social. Pasan los tiempos y permanecen las ideas. Aquello mismo propuesto por los demagogos y por algunos patricios pérfidos al pueblo rey para perder la causa de los Gracos y aniquilar á éstos, hoy se reproduce por los colectivistas y su aliado natural, el pesimismo reaccionario, para perder la causa de nuestra democracia y de nuestra libertad en Europa. Ya se hable de la posesión en común del suelo considerado como un instrumento de trabajo y propuesto para la colectividad como el aire y como el agua, ó ya de nacionalizar la tierra se hable, no queda en el substratum último de tales aspiraciones otro principio más que un principio comunista. Y lo dije mil veces, y lo repito ahora: el comunismo queda siempre á nuestras espaldas en el montón de inútiles y tristísimas escorias dejadas por la humanidad sobre lo pasado, y no puede servir al humano progreso de manera ninguna. Todo cuanto la civilización moderna en materia legislativa por el trabajador hiciera: la caja de retiros en Alemania, los sindicatos oficiales en Francia, los seguros burocráticos en Inglaterra, no sólo perturban las leyes económicas, oponiéndose á su natural espontaneidad, aumentan los tributos al Estado del trabajador y mantienen ó agravan su dependencia del Estado. En otro tiempo el socialismo callaba esta mácula con profundo silencio; mas hoy la expone y la exhibe con verdadero escándalo. Uno de los primeros votos emitidos por los representantes del partido socialista de Bruselas quita la ¡máscara con que solía encubrirse la doctrina, y declara necesitar, para el tránsito de un Estado individualista puro, al puro Estado colectivista de los Estados modernos. Pero los Estados modernos podrían y deberían responderles que, mientras reduzcan su ministerio á mantener el derecho de cada uno y á practicar por delegaciones parlamentarias el gobierno de todos, podrán Estados modernos llamarse con razón; pero que si necesitan proveer á todo, como en los antiguos tiempos, que regulaban por medio de rescriptos reales desde los trajes hasta las comidas, tendrán qne apoderarse de todos cual se apoderaban los antiguos Imperios asiáticos. Las horas de trabajo gubernativamente señaladas, los productos por igual repartidos, la diversidad varia de aptitudes concluída, la emulación y la concurrencia completamente anuladas, el suelo en común y en común todos los instrumentos con todos los artefactos y todos los medios de la humana industria, lógicamente generarán una sociedad comunista, como las mil veces encontradas en la historia universal de todos los tiempos, sociedad que se coronará y se dirigirá por Estados y gobiernos completamente despóticos. Da el mismo rancho á todos los soldados y con igual uniforme los viste, fuerza de suyo tan poco espontánea y liberal como la disciplina sancionada por las penas más horribles, sin las cuales no podría existir colectividad tan restricta como el ejército, pues de todo se necesita para impeler un individuo libre á la vida en común. Querer ejército sin obediencia pasiva y sin pena de muerte continua, es como pedir cotufas en el golfo. Pedir el comunismo sin un Estado fuerte, sin una ley represixa, sin una disciplina severa, sin el sacrificio de todo lo espontáneo é individual á todo lo común y colectivo, es pedir lo imposible; pues para matar en el individuo la individualidad, para someterlo al paso de los demás iudividuos, para concluir en él sus espontaneidades nativas, para contrastar la vocación propia y obligarle á la práctica de principio tan imposible de suyo en el mundo como la igualdad completa de retribuciones y premios á la desigualdad completa de aptitudes naturales, necesítase un gobierno tan contrario á la naturaleza como el despotismo.

II

El fundamento indudable de mis reflexiones hanlo puesto ellos mismos en evidencia, muy contra su voluntad y deseo. Así, cuando los anarquistas han aparecido en su seno demandando participación en la ruina de principios como el principio de propiedad y de individualidad por medio de la negación y de la carencia de todo gobierno, indignados los socialistas ortodoxos hanlos cogido bonitamente del brazo y puéstolos en la calle, sin experimentar escrúpulo de ningún género al pedir el auxilio de los agentes del gobierno á una obra tan burguesa como la proscripción del enemigo y del extraño. Y se han asustado, al proceder así, de ellos mismos, proscribiendo las consecuencias últimas de sus teorías y expulsando su izquierda, como cualquier otro partido, en prueba de que nada puede fundarse, ni hacerse, no ya contra las leyes de la sociedad, olvidándolas en algún sentido, pues llegan á rebelarse y á imponerse, por una serie de fenómenos incostrastables, á los mismos que las niegan y que las desconocen. Así, no pueden extrañarse que huya la sociedad moderna de ellos como huyen ellos de los anarquistas, sombras de sus cuerpos. Mas no sólo acaban de mostrar en esto la sujeción á códigos por sus teorías negados; el principio de su nacionalidad y hasta el principio religioso han surgido en secta de creencias tan humanitarias y universales, como la secta, que acabaría de un golpe con todas las naciones, focos de particularismo, raíces de la odiada individualidad. Por ejemplo, los oradores franceses, los oradores belgas, los oradores suízos, dueños de absoluta libertad, han proclamado el procedimiento revolucionario y dicho que no podrían jamás las clases inferiores destruir la sociedad burguesa contemporánea sin aplicar á sus cimientos la dinamita de una revolución. Y en seguida los oradores alemanes han opuesto á esa declaración dos reflexiones de igual importancia: primera, que todo cuanto han ellos conseguido lo consiguieron por las evoluciones; y segunda, que no podrían volver á su patria si proclamaban cosa tan opuesta y contradictoria con sus leyes como la revolución. Y no para en esto la imposición soberana del principio de variedad al colectivismo unificador: hay otras revelaciones no menos claras, y otras imposiciones no menos imperiosas, de la naturaleza universal. Un francés, amigo de novedades por temperamento, y cansado de su régimen parlamentario, un poco excesivo, declara, en guisa de los pedantes de nuestra prensa ó de los Boulangeres en canuto de nuestras Cortes, guerra cruel al parlamentarismo; y salen los germanos de estampía diciéndoles que Alemania se muere y expira por falta de Parlamento. Y lo sucedido con el principio de las nacionalidades también sucede con el principio religioso. Algunos trabajadores muy cristianos atribuyen al judío, acaparador del capital contemporáneo, todos los males anejos al trabajo, así como todas las prerrogativas y privilegios congénitos á la riqueza, y en medio de una sociedad tan progresiva como un Congreso del socialismo contemporáneo, intenta encender las ideas y las pasiones antisemitas. Y hete aquí el principio religioso apareciendo como un fantasma entre aquellos materialistas sistemáticos. Y precisa decirle al comunero inconsciente que la humanidad caería de nuevo en la barbarie si los pueblos cultos renegasen del principio entre los principios humanos, de la libertad religiosa. Y aún hubieran podido añadir los hombres de sentido común algo más aún hubieran podido añadir que la riqueza excesiva de los judíos se debe á una causa muy rara, es decir, á una violación del principio de justicia derivada de la intolerancia religiosa. Como les prohiben poseer bienes muebles, hállanse obligados á la indispensable adquisición de bienes inmuebles; y como los bienes inmuebles, bien manejados, reportan más y rinden mayores intereses que los bienes muebles, de aquí la riqueza judía. Y no paran en esto las imposiciones de la realidad al sectario abstraído por completo de todo cuanto le rodea. Un hecho de mayor enseñanza é ilustración ha sobrevenido y pasado. Los ingleses, gente de suyo experta por esa larguísima educación parlamentaria y liberal, tan denostada por sus congéneres de Francia en el Congreso, invitaron á éstos, con toda sencillez y candor, nada menos que á una visita, verdaderamente reveladora de haberse concluído las supersticiones patrióticas entre los trabajadores socialistas: á la visita, muy usada en los viajes por Flandes y Brabante, á la visita del campo de Waterloo. El ejemplo no podía estar mejor escogido, y el caso no podía ser más curioso. En el Congreso tronaban los restos de la Comunidad parisién. Esta comunidad, durante los meses infernales de su gobierno revolucionario, decretó y cumplió la demolición de un monumento como la colum-



ZARAGOZA. - EL DIOS DE LAS AGUAS, cuadro de D. Joaquín Pallarés. (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

na Vendome, á los triunfos napoleónicos erigida por Francia. Consecuentes con aquella demostración de cosmopolitismo y con aquel rasgo de horror á las glorias nacionales, debían ir los comuneros franceses, en buena lógica y en justa observancia de sus principios, á celebrar sobre un campo de batalla nefasto á Francia la rota de Napoleón y de los franceses. Con ejemplo ninguno como con este revelador ejemplo podrían demostrar la muerte del patriotismo tan excomulgado por la secta y el reinado de los principios colectivistas. Dada la insania de sus temperamentos y la demencia de sus espíritus, un hecho concorde con la demolición de su columna era la celebración por franceses en pleno Waterloo de su propia derrota. ¿Creéis, sin embargo, que fueron? Pues no fueron, rindiendo á la patria historia este natural homenaje, aunque antipatriotas, y demostrando con aquel acto cómo el sofisma, pensado arbitrariamente por una inteligencia devariada, se deshace y se desvanece de suyo en la realidad y en la vida. Si los franceses del Congreso hubieran estado en compañía de los vencedores á celebrar la derrota de sus padres allí vencidos, nunca osaran presentarse ante los mismos correligionarios suyos, que niegan la patria y consideran como una superstición de antaño la primer virtud política, el patriotismo. Escupís al cielo, y os mancháis la cara. Negáis el arte, negáis la ciencia, negáis la religión y la patria; pero en seguida, tras estas negaciones, el corazón traiciona la inteligencia, desmiente vuestra teoría la vida toda, y concluís por cumplir con vuestros actos, demostrando su poder así, aquello mismo que negáis con vuestras teorías. No, como ningún francés cosmopolita puede asistir, á pesar de su cosmopolitismo, á Waterloo en son de regocijo por la victoria de los ingleses, ninguno puede renunciar á Metz y Estrasburgo por complacencias con sus correligionarios alemanes. Y será la humanidad todo lo demente que quieran estos humanitarios, los cuales, so pretexto de servirla, no hacen más que abandonarla: Waterloo, Sedán, Alsacia, Lorena, predominarán en la especie nuestra, lo mismo entre capitalistas que entre jornaleros, sobre las horas de jornada y sobre los céntimos de salario; como que por la patria, por esa entidad ideal, dan de grado todos sus hijos la vida, creyendo un presente del cielo y un don divino la muerte por ella en los desfiladeros de las Termópilas, en los campos de Platea, en los escombros de Zaragoza. Así, por más que los alemanes y los franceses han querido confraternizar en este concilio de la revolución social, y sobreponerse á los sendos odios dispertados por los mutuos combates recientes, otra les quedaba dentro, que alguna vez, contra su voluntad y grado, subía de rondón á los labios y estallaba en quejas, tanto más hondas cuanto menos premeditadas y queridas.

III

Pero no solamente saltaban divisiones entre los individuos de nacionalidades opuestas, saltaban entre los individuos de una misma nación, cosa grave para quien mantiene la solidaridad de los jornaleros y la uniformidad de los jornales desde Madrid hasta Moscou. Los franceses nunca pudieron ponerse de acuerdo para votar unánimes en todos los asuntos. Disentían hasta en lo fundamental con frecuencia, y votaban unos contra otros. Respecto de los alemanes ¡ah! no hay que hablar. Tres corifeos tenían en el Congreso: Bebel, Singer, Liebknecht, y cada cual tira por su lado bajo apariencias engañosas de fraternal concordia. Liebknecht resulta en el fondo uno de aquellos pensadores alemanes que se pasa la vida mirándose la conciencia, como los goghis indios se pasan la vida mirándose el ombligo. Pensador, idealista, filósofo, cree, como toda la gente de su oficio y complexión, en el poder de las ideas, y no se impacienta gran cosa por un triunfo que deben traer tarde ó temprano los hechos y los principios en su doble pero armonioso y congruente curso. Todo lo que es racional es real. Muy al revés Bebel. La contemplación le aburre. Esas meditaciones en lo interior é íntimo parécenle á él ataxias ó paralizaciones de la voluntad. Querer y pelear: he ahí su divisa. Con tan contradictorios temperamentos, las mismas ideas llegan á contradecirse por necesidad en la vida, siquier aparezcan identificadas en las inteligencias. Colectivistas los dos, el colectivismo de uno tomará el azul celeste de su mística paciencia, mientras el colectivismo del otro los furores de su interno ardor, diferenciándose ambos entre sí más que si profesaran dos opuestas y contradictorias doctrinas. Como hay amigos en todas partes, no ha faltado quien me haya dicho que se detestan á muerte, y que allá en las conversaciones privadas se imputan las derrotas del socialismo alemán uno á otro como uno y otro se arrogan las victorias. Pero tienen un mediador plástico que los reconcilia entre sí, mal del grado de los dos, tienen á Singer. ¿Y quién es el tal Singer? De seguro no habéis leído nunca su nombre que traspasa con dificultad la línea del Rhin. Y sin embargo, bien podéis creerlo, la hipóstasis que hace una persona de la trinidad comunera germánica. Los dos pensadores jefes del movimiento socialista no se mantendrían en paz un minuto sin la intervención perdurable de Singer, que los recompone y rehace así que se descomponen y se desavienen ellos. ¿Quién es tan omnipotente sujeto? preguntará el curioso lector. Pues nada menos que un capitalista. Como el pensamiento de Bebel es indecible, como la grande actividad de Liebknecht es incontrastable, ¡oh! hanme dicho los interesados en la secta, conocedores de sus intimidades y secretos, que por su parte y á su vez el bolsillo de Singer es inagotable. Y he aquí por cuál serie de contradicciones patentes y escandalosas el capital se impone á los que se hallan juramentados para desarraigarlo del planeta. Pues aún ha sido más curioso lo que ha pasado con los ingleses. Asistentes á un Congreso de socialistas, no ha querido la mayor parte cargar con un apellido muy odioso al individualismo sajón. Así, han propuesto y obtenido que le diferenciaran los representantes en obreros puros y obreros socialistas. Diputados al Congreso por las asociaciones más formidables y más poderosas de trabajadores que hay en el mundo, hanse reído mucho de tanta y tanta superstición como embarga la voluntad y la inteligencia de los jornaleros continentales. Ellos, idos allí para mantener un dogma como la solidaridad obrera, se han hecho una piña, sí, para combatir á todos. Acostumbradísimos al sol de la libertad ¡cuánto no han reído en su ciencia práctica y en su experiencia consumada del antisemitismo apuntado por éstos, del odio al Parlamento sentido por aquéllos, de la revolución sistemática predicada por todos! Pero lo que muy especialmente les ha extrañado en su liberalismo tradicional ha sido esa elevación á dogma de principio tan contradictorio con sus hábitos y con sus ideas como la intervención indispensable del Estado en las cuestiones de los jornaleros. Principio esencial éste de la escuela germánica, su realización trae aparejado un cesarismo colosal. Sólo un césar, disponiendo de todos, puede alimentar á todos. En el fondo, esa intervención del Estado en aquello que más de su jurisdicción debía exentarse, resucita el gobierno-Dios, y pide un césar, como Dios infalible, todopoderoso y omnisciente. Pero ¿á qué pararnos en tantas contradicciones? El socialismo internacional demuestra que ni olvida ni aprende. Contra todas las lecciones de la historia y contra todos los dictados de la razón, proclama una especie de unidad jornalera semejante á la que intentaron, y no pudieron cumplir, Alejandro, César, Carlomagno, Carlos V y Napoleón. Desconociendo la naturaleza humana, decreta igual tiempo de trabajo á todas las activida-

des é igual suma de retribuciones á todas las aptitudes. Después de haber expulsado al anarquista del Congreso y maldecídole con toda suerte de anatemas, proclama como doctrina corriente y aceptada el nihilismo, puesto que le consagra un hurra en el discurso de clausura. Niveladas las naciones, niveladas la aptitudes, niveladas las horas de trabajo, nivelados los salarios, únicamente le quedaba por nivelar los sexos. Y también los ha nivelado. Igualdad política y civil de las mujeres con los hombres: han dicho. Y preguntó yo: ¿por qué no también la igualdad natural? Y proclamada la igualdad natural hay que hacer un reglamento á fin de que puedan afeitarse las mujeres, y tener la gracia y hermosura de éstas los hombres. Cuanto más el socialismo se desarrolla más se manifiesta como una secta estrafalaria parecida por completo á las que han llenado de sinrazones las páginas gloriosas del desenvolvimiento intelectual humano. Pero en medio de sus delirios no deja de ofrecer alguna ventaja. La primera es que la libertad se halla entre nosotros de tal modo fuerte y arraigadísima, que á nadie se le ocurre limitar el derecho al disparate de los socialistas, y todo el mundo cree sus amenazas á la propiedad tan fútiles como si amenazasen al sol y al océano. La segunda es que, poco á poco, á pesar de sus exageraciones en la conducta y de sus utopias en la idea, van haciendo penetrar los socialistas en la vida un afecto instintivo al régimen de trabajo contradictorio en todo con el régimen de guerra y de combate. La tercera es que la legislación y los legisladores miran más por el pobre y por el desvalido que miraban en otro tiempo. Así cumplimos las metamorfosis del progreso. Cual los detritus y los estiércoles puestos al pie del árbol se truecan, por absorciones de las raíces y de las cortezas, en gomas, en mieles, en perfumes, en flores, en frutas, el error puesto al pie de las sociedades humanas, como nunca puede ser absoluto y siempre ha de llevar sus correspondientes partículas de ideas verdaderas, se transforma por el espíritu colectivo en continuos progresos. Dicho cuanto ha pasado en esta quincena de más importancia, despídese de vosotros hasta la próxima.

NARRACIONES

VELO Y SUDARIO

En las interminables veladas de invierno, cuando los colonos de la granja se han puesto bien con Dios y con su estómago, mediante rosario y cena, se agrupan en torno del hogar y suelen poner á contribución la facundia de algún viejo narrador de cuentos. Todos escuchan con la boca abierta y siguen el hilo del relato con muda atención, que no logran distraer los chisporroteos de la llama ni el crujir del cáñamo que alguna mano setentona hace pasar de la rueca al huso.

En una de estas reuniones oí contar no hace mucho la verídica historia que hoy traslado á mis lectores. Si algo pierde de su interés, cúlpese á mi pluma, cuyo pretencioso estilo distará mucho de valer la sabrosa sencillez de la primitiva forma. Entonces conmovió profundamente á los labriegos que la escucharon al amor de la lumbre. Ahora, á buen seguro, no será indiferente á todos los que la lean; porque si hay escépticos para quienes el amor es, cuando más, una ilusión pasajera, indigna de ser tomada en serio, no faltan almas sensibles, que vibran de emoción al encontrar algo que despierte en ellas el recuerdo de los amores juveniles.

* * *

Vivía en cierto cortijo una joven cuyo nombre se armonizaba admirablemente con la frescura y belleza de su persona.

¿Habéis visto alguna vez, en ensueños, uno de esos seres angelicales que los poetas hacen vagar por etéreos espacios tachonados de diamantes? ¿Habéis imaginado alguno de esos genios propicios que la fantasía adorna con flotantes vestiduras de gasa azul y con alas de oro resplandecientes de luz? ¿Habéis admirado, en algún museo de pinturas, esas delicadas y poéticas creaciones de Greuse, que son el tipo ideal de los ángeles de la tierra, ó esas rubias vírgenes con que la escuela italiana del Renacimiento representa á la mujer celeste?

Sólo así podréis formaros una idea aproximada de aquella adorable joven que tuvo Rosa por nombre y en presencia de la cual se detenía la gente, admirada de que tanta perfección cupiese en humana criatura.

Más que mujer, parecía una ondina, de esas que, en los cuentos de hadas, aparecen en las riberas de los lagos, destrenzando con peine de oro su flotante caballera á los plateados rayos de la luna.

En los salones de la ciudad, Rosa hubiera transformado el juicio á los hombres. Sus pretendientes y adoradores hubieran formado una legión. Pero en el campo, en aquella aldea, perdida en el fondo de un bosque de seculares encinas, nadie se atrevía á declararle los sentimientos que inspiraba. Era demasiado bonita y primorosa para que los zagales del lugar esperasen obtener jamás tan preciado tesoro.

Sin embargo, encontró un día á un mancebo que osó requerirla de amores.

Ella contaba entonces diez y seis primaveras: hermosa edad en que el corazón rebosa de ardorosos sentimientos y el alma se entrega ciegamente, sin reflexión ni cautela.

Como crisálida que por primera vez siente el ansia de volar y tiende aturdida sus alas al espacio desconocido, Rosa, sorprendida por el instintivo deseo de amar que despertó de pronto en su ser, entregó locamente su alma al primer hombre que, imán viviente, la atrajo con una mirada de amor.

Y no fué ningún príncipe de arrogante figura, como los héroes de los cuentos maravillosos que á su vez oyera referir en las veladas del cortijo. No le conoció en ninguno de esos magníficos torneos en que bizarros paladines arriesgaban la vida por su Dios y por su dama. Los tiempos han cambiado por completo en el transcurso de los siglos, y de aquellas heroicas proezas no quedan ya vestigios en nuestros afeminados días.

Fué en un baile campestre, entre dos contradanzas, cuando Antonio, hijo del albéitar, declaró su amor á Rosa y supo que era correspondido. Aquella declaración ¿fué ó no sincera? Sábelo Dios. Yo no me atrevería á asegurarlo. Lo cierto es que el amor propio del joven aldeano quedó altamente satisfecho con la conquista de la muchacha más bonita de la comarca, y esto le bastó para persuadirse de que la quería de veras.

Desde entonces Rosa no pensó más que en Antonio, ni vivió más que para él. Sólo era feliz cuando él pasaba la velada en la granja; cuando iba con él los domingos, por la mañana á misa y por la tarde á paseo; cuando en los días que repicaban gordo la hacía brillar como reina de la fiesta.

Pero quedó una vez más probado cuán efímeras son las dichas de este mundo.

Pocos meses después de haber comenzado aquel idilio, Antonio entró en quintas.

El día del sorteo, Rosa le esperaba con impaciencia á una legua de su casa.

– ¿Qué número?, le preguntó temblando, al verle llegar mohino.

– El tres, contestó él, procurando disimular su mal humor.

– ¿Soldado?

– Por cinco años nada más.

– ¡Cinco años!... ¡Ah! ¡Dios mío!

– Vamos, no tiembles. Si es mi destino, ¿qué le hemos de hacer?

– Pero ¡tanto tiempo!...

– ¡Bah! Cinco años se pasan pronto. Sin darte cuenta me verás volver y entonces nos casaremos. Nuestra felicidad será mayor después de haberla deseado todo el tiempo que dure nuestra separación.

– Te esperaré contando los días.

– ¿No me olvidarás?

– ¿Olvidarte yo? ¡Ay, Antonio! Tuyos serán mis pensamientos, y mi corazón y mi alma serán tuyos hasta la muerte. ¿Y tú?...

– ¿No te lo he dicho mil veces? ¿Puedo yo amar nunca á otra mujer que tú?

La cándida joven creyólo así y esperó resignada.

* * *

¡Cuán lentamente fueron pasando para Rosa los días, los meses y los años!

Antonio, que servía en la infantería de marina, había sido destinado á Cuba, donde la vida de los sentidos, á que se entregó sin freno, gasta pronto y enerva, como en todos los países tropicales.

Al principio escribió con bastante regularidad á la que él llamaba su ángel custodio. Mas luego se emancipó de aquella espiritual tutela, y dejando en fáciles aventuras sus juveniles ilusiones, se fueron borrando en su corazón hasta las huellas de su amor primero.

Sus cartas se hicieron cada vez menos frecuentes, y acabó por no contestar á las de Rosa.

La pobrecita se lamentaba, procurando convencerse de que la culpa de aquellos retrasos en la correspondencia la tenía la administración de correos. También se decía á veces que el pobre soldado podía estar enfermo, y más de una vez soñó que le veía tendido en el campo de batalla, sin que sus cuidados pudiesen devolverle la vida que por ancha herida se le escapaba en borbotones de sangre. ¡Qué angustias tan inmensas! ¡qué pesadillas tan horribles las suyas!

Y mientras tanto, como la creían desligada de su antiguo compromiso, los pretendientes que hasta entonces habían disimulado sus aspiraciones, las fueron declarando á porfía.

– Agradezco el favor, pero quiero permanecer soltera, contestaba Rosa invariablemente á todos ellos.

Para expresar del todo su pensamiento, hubiera debido añadir lo que ya no se atrevía á manifestar; esto es, que su mano y su corazón pertenecían al ausente.

En una hoja de un calendario americano, incluída por Antonio en una de sus primeras cartas, Rosa se había aprendido de memoria la siguiente balada, con que hubiera querido contestar á cada uno de sus pretendientes:

I

– Pastora, linda pastora,
tu desdén dobla mi afán.
Doyte este collar de perlas.
Hermosa, ¿qué quieres más?
– Guarde para alguna dama
esa joya el buen galán,
que mi amor tiene más precio.
Caballero, vaya en paz.

II

– Doyte espléndido palacio
y una corte en que brillar
como reina de hermosura.
Pastora, ¿qué quieres más?
– Guarde faustos y riquezas
para quien las quiera usar,
que mi amor tiene más precio.
Caballero, vaya en paz.

III

– Pues que tu pecho no ablandan
dones de esta calidad,
doyte mi mano de esposo.
Pastora, ¿qué quieres más?
– ¡Ay! mi amor, por solo precio
tiene el amor de un zagal
que partió para la guerra.
– Pues que Dios os una en paz.

Llegó un día en que el albéitar anunció á sus vecinos que su hijo iba á volver con licencia absoluta. La noticia llegó en seguida á conocimiento de Rosa.

– ¡Ah! exclamó ésta; por fin sabré en qué ha consistido tan largo silencio.

Un mes después, llegó Antonio á la aldea. Pero ¡ay! dos ó tres veces pasó por delante de la casa de Rosa sin entrar ni detenerse. La infeliz no se atrevió á salir del cortijo.

– El domingo próximo es la fiesta del pueblo. Antonio no faltará. Iré yo también y sabré si me ama todavía.

Llegó el domingo, y Rosa fué del brazo de su madre al baile del pueblo vecino. Aún no había llegado Antonio. Los jóvenes fueron, uno tras otro, á invitarla á bailar.

– Gracias, les decía; estoy muy cansada y no bailaré hasta más tarde.

Por fin apareció Antonio acompañando á la hija del notario. El corazón de Rosa estuvo á punto de estallar. Su madre, que la sintió desfallecer, la sostuvo para que no se cayese. Sin embargo, aún esperó. Le costaba mucho rendirse á la evidencia. Pero se sucedieron las danzas, y su prometido pareció olvidar que ella estuviese allí.

– Vamos, madre; no me siento bien, dijo al fin la desdichada.

Y madre é hija regresaron al cortijo.

Cuando se encontró sola en su modesto cuarto, Rosa se dejó caer en una silla y rompió á llorar.

Cual triste fantasmagoría, fueron pasando por su mente sus recuerdos juveniles. Y diríase que su memoria, al evocar su pasado amoroso, se complacía en torturarla.

– ¿Cómo es posible, Dios mío, que todas mis ilusiones y todas mis esperanzas se hayan convertido en estas lágrimas que me abrasan los ojos? ¿Qué ha sido de sus juramentos de fidelidad y amor eternos? ¿Y qué va á ser de mí, perdida la fe, destrozada el alma, sin luz que ilumine las tinieblas que envuelven mi razón?

Y añadía considerando la conducta de Antonio:

– Sus juramentos eran falsos; sus protestas de amor eran mentira. Ese hombre por quien yo hubiera dado gustosa hasta la última gota de mi sangre, me engañaba vilmente: ¡amaba á otra! ¿Y qué tiene más que yo la hija del notario? ¿Qué cualidades que yo no posea reune esa mujer que todos encuentran vulgar y estúpida? ¡Ah! Ya comprendo. ¡Balbina es rica, la más rica de estos contornos, y yo soy pobre!



FACHADA DEL MONASTERIO DE SANTA MARÍA

IGLESIA DE SAN PEDRO. (Salida de misa de once.)





CLAUSTROS DEL MONASTERIO DE SANTA MARÍA



HOSPITAL MUNICIPAL



PLAZA-MERCADO



IGLESIA DE SAN PEDRO. (Vista tomada de lado.)

Fotografías instantáneas facilitadas por D. A. Atmetller

Cuanto más ahondaba en sus reflexiones, más intensa era su amargura. Sin fraseología con que traducir en palabras sus pensamientos, adivinaba el repugnante egoísmo y la ingratitud que forman la podredumbre del corazón humano. Comprendía por primera vez que en nuestro siglo el amor se vende como vil mercancía, y que la virtud se tasa según el oro que la realza.

La humanidad le pareció un monstruoso engendro de vicios y pasiones. Huyó el trato de las gentes como de peste mortífera, y se refugió en el amor de su madre, como en un santuario donde no penetraba el corrompido ambiente de la sociedad. Pero la muerte vino pronto á romper aquel último lazo que la unía al mundo.

Su delicada constitución salió tan quebrantada de aquella prueba, que á los rosados tintes de su rostro sucedió la blancura del lirio, y su débil cuerpo se doblegó á la fiebre que le consumía, como el tallo de una flor abrasada por los rayos del sol.

Mientras tuvo fuerzas, fué cada día al cementerio, á rendir un piadoso tributo á la memoria de su madre. Cuando le faltó el consuelo de aquellas cuotidianas peregrinaciones, su espíritu se sintió tan desligado de la tierra, que empezó á considerar el cuerpo como una cárcel de que sólo la muerte podía libertarlo; y Rosa suspiró desde aquel instante por otro mundo donde el amor y la virtud no fuesen pagados con traiciones y amarguras.

Vencía el plazo señalado para la boda de Antonio con Balbina, y Rosa sentía escapársele la vida por momentos.

Llegó el día del enlace. La infeliz abandonada hizo un supremo esfuerzo para adornarse con el traje de boda que su madre le había arreglado en previsión de su proyectado casamiento con Antonio.

Al verse en el espejo, con su mortal palidez, acentuada por la blancura del velo y del vestido, contrajo sus labios en amarga sonrisa y volvió los ojos hacia la ventana por donde se divisaba la torre de la iglesia.

En aquel instante, un alegre repique de campanas anuncióle que Antonio y Balbina se unían para siempre al pie de los altares.

Rosa exhaló un profundo suspiro, cerró los ojos y cayó desplomada al suelo.

El velo de novia le servía de sudario.

JUAN B. ENSEÑAT

LA OPORTUNIDAD

Entre los dioses y las diosas á quienes los mortales no iluminados por la luz del Evangelio se encomendaban de todo corazón para que les ayudaran en sus empresas, echamos de menos una divinidad de primera magnitud, cual debiera ser la diosa *Oportunidad*, que es prenda segura y buena recomendación para el dios Éxito, á quien antiguos y modernos rendimos ferviente culto.

Los beodos contaban con la protección de Baco.

Los quimeristas con la de Marte.

Los ladrones con la de Mercurio.

Los enamorados más expansivos y hasta rabiosos con Venus.

Los navegantes tenían á Neptuno.

Los herreros, los fundidores y aun los cerrajeros á Vulcano.

Y hasta los que estaban dejados de la mano de todos aquellos dioses, hoy cesantes sin clasificación ni sueldo, se daban á Plutón, soberano absoluto de las regiones infernales.

En cuanto á Minerva, Apolo y las musas, á quienes siguen invocando los sabios y los poetas con gran fervor, pero con poco resultado la mayor parte de las veces, son divinidades bonachonas, de las que poco hay que temer y mucho menos que esperar.

Pero de la diosa *Oportunidad* ningún *mitólogo* dice una palabra. «Y sin embargo llovía.» Es decir, que la *Oportunidad* juega un papel muy principal en la sociedad, en la vida y en el cumplimiento de nuestras aspiraciones.

El hombre que no es oportuno en sus acciones y palabras pasará una vida de perros. La mujer que pierde la oportunidad cae redonda en el hastío, en el remordimiento, y á veces en la desesperación.

El *sexto sentido*, que consiste en hacerse cargo, escasea muchísimo.

Conocemos pretendientes á destinos públicos que sin un par de cientos de votos por delante se atreven á presentarse al ministro para que les coloque porque sí: por su buen empaque; porque saben leer de corrido, escribir en suelto y contar por los dedos, ó por servicios que ya pasaron y de los que S. E. no se acuerda, porque S. E. no ha de estar en todo. El ministro, sea de la derecha, de la izquierda ó del centro, echado para adelante ó para atrás, es lo mismo, le estampa un *visto* al margen de la instancia, y, en cuanto á colocación, que aguarde el solicitante á la que le designen en el cementerio.

Cuando un jugador de lotería consigue el premio grande en una localidad cualquiera, ya se sabe, todo el mundo se apresura á jugar en la administración favorecida. La fortuna es por lo común versátil; vuela de un extremo á otro de la península, sin olvidar sus islas adyacentes, y es tiempo perdido recorrer la lista de *La Correspondencia de España* ni la lista oficial. Lo oportuno hubiera sido jugar antes en la administración agraciada, que lo que es después es cándido, porque está en oposición con la teoría de las probabilidades de que nos habla Vallejo y otros insignes matemáticos.

Los aficionados al visiteo ó al abuso del derecho de visita, vicio feo si los hay, incurren con frecuencia en pecado de inoportunidad. Acuden á una casa en el momento en que después del almuerzo se están tirando los platos á la cabeza el marido y la mujer, ó bien cuando duermen la siesta los individuos de aquella apreciable familia: las chicas destrenzadas, la señora con el peinador arrugado, y el dueño de la casa en mangas de camisa ó mucho peor. La sirvienta no sabe cómo decir que los señores no están en casa, por el estrépito que se siente dentro desde que sonó la campanilla, y porque el portero ha delatado la presencia de los dueños anticipadamente. El único recurso es decir que los señores no reciben, especie de *ukase*, muy aristocrático por cierto, contra el cual no hay apelación, porque, efectivamente, los señores no están para recibir.

Las inoportunidades en el teatro son infinitas: entrar taconeando el pavimento cuando la tiple está en lo mejorcito del rondó; abrir con estrépito un palco y dar lugar á los siseos y á las miradas iracundas del público; seguir la batuta del maestro con la contera del bastón sobre el suelo; volver la espalda al escenario donde se canta ó recita, para flechar los gemelos á las modistas y costureras del paraíso, le dan á cualquiera la encomienda de tonto de número, libre de gastos.

Si el acudir al paseo como á las cinco de la tarde en el invierno, desaprovechando el sol del mediodía y de las tres primeras horas que le siguen, muy compuestas y atildadas las señoras, muy apuestos, pero con poco abrigo, los caballeros, es costumbre perjudicial é inoportuna, díganlo las pulmonías que se cosechan, cuya estadística anual horroriza cuando se examinan los estados demográficos del Registro civil.

Sabemos de algún señor muy pacífico y muy metódico que se hizo republicano la víspera de la restauración, y de varios que, aficionados á la música, no sabían tocar otra pieza, en tiempo de la revolución, que la marcha real.

Pero el colmo de la inoportunidad con que hacemos por lo común todas las cosas, está sobre el tapete: es decir, á la orden del día.

Por algo se dice de nuestro país: «Llegó, como el socorro de España, diez años después que se acabó la guerra.»

Hacíamos carreteras á toda prisa en las líneas generales, cuando eran ya cosa corriente los caminos de hierro.

Alzábamos de cerro en cerro torres telegráficas ópticas, donde hoy las lechuzas anidan á sus anchas, cuando en todas partes, y aun en nuestra patria, se tendían los alambres, que por medio de la electricidad llevan á todo el mundo, en signos convencionales, la palabra y el pensamiento humanos.

Después de todo, el que estemos ó, mejor dicho, hayamos estado, atrasadísimos en las aplicaciones de la ciencia respecto á otros países, nada tiene de particular, y pudiera perdonársenos en gracia de nuestra relativa pobreza; en la de los muchos años de revoluciones y guerras civiles que hemos padecido; en la especie de atrofia que nos dejó la ignorancia de siglos anteriores, ó en nuestro carácter nacional poco especulativo y menos práctico, y refractario por esencia, presencia y potencia á todo género de novedades y adelantos.

Pero en lo de hacer siempre las cosas muy á posteriori no tenemos disculpa, y aquí entra lo gordo.

No más que ochenta y tres años hemos necesitado para caer en la cuenta de que el teniente de infantería Sr. Ruiz, uno de los primeros héroes del glorioso alzamiento del 2 de mayo de 1808, tenía derecho indisputable á una estatua, y se le ha consagrado: ya era tiempo.

Para honrar debidamente á Calderón de la Barca, el inmortal autor de *La vida es sueño* y de *El Alcalde de Zalamea*, esperamos á que se cumplieran los doscientos años cabales de su muerte.

Ahora... lo que es ahora estamos aguardando con una longanimidad inapreciable, y la vista fija en las agujas del reloj, á que señalen éstas el amanecer del 12 de octubre de 1892, para que nuestro entusiasmo se desborde en favor y prez de Cristóbal Colón, el gran cosmógrafo, el descubridor de América, el que duplicó el mundo y nos puso de manifiesto tantas verdades geográficas, escapadas á los sabios de miles de generaciones que le precedieron. Y el suceso en cuestión no data más que de cuatro siglos.

¡Cuatrocientos años! ¿Y qué son cuatrocientos años comparados con la eternidad? una bicoca.

En 1492 tuvo lugar el gran descubrimiento ¿Y qué se hizo entonces? Nada. Festejarlo en Barcelona á la vuelta de su primer viaje, y después traerlo á España, en otro posterior, cargado de cadenas.

En 1592 habían transcurrido cien años. La cosa no tenía importancia todavía para alcanzar el derecho á la inmortalidad. Las hazañas tienen algo de semejante con el vino de Jerez: cuanto más añejo es mejor. El famoso descubrimiento de 1492 era vino de la *hoja*, es decir, de la última cosecha.

En 1692 ya nos escarbaba la conciencia y nos punzaba el remordimiento de tan injusta preterición; pero nada más.

En 1792 estábamos los españoles muy preocupados con el deshecho temporal político y social que se había desencadenado en Francia.

Pero en 1892 será otra cosa, y estaremos en lo firme.

Allá va el capital con réditos y todo.

Un sepulcro monumental en la Habana; una restauración completa del convento de franciscanos en Santa María de la Rábida, sobre el promontorio de su nombre y en la confluencia de los ríos Tinto y Odiel; un muelle en Palos de Moguer, de donde partieron los modernos argonautas. Otro ídem al pie de la Rábida que sustituya al de madera que ahora existe. Un monumento alegórico en la explanada que se abre ante las portadas del convento. Una estatua. Certámenes; congresos hispano-americanos; otros de carácter cosmopolita. Fundación de establecimientos benéficos. Músicas, bailes, recepciones, salvas, iluminaciones, dianas, retretas y otros excesos, todo en honor del gran almirante de las Indias.

Y además la declaración de Santo que se espera de Roma.

Nosotros nos asociamos con toda el alma á la función de desagravios que se le prepara á Colón. Más vale tarde que nunca, según reza uno de nuestros más antiguos y acreditados refranes. Todo es poco ante la gigantesca figura histórica de Colón, porque asombran los tesoros de ciencia, de religión, de magnanimidad, de valor, de constancia y de prudencia que se encerraban en la mente y en el corazón de aquel ilustre marino, y muy justo es que, tanto la ciudad de Génova donde nació, como España, su patria adoptiva, como el mundo entero, ensalcen la memoria de aquel que supo romper el espeso velo de brumas y de errores que ocultó por tantos siglos la América á la investigación de todas las demás naciones de la tierra, y á las más adelantadas en el camino de la civilización.

Al llegar á este punto una digresión nos sale al paso: pero es de tal *oportunidad* que no vacilamos en darle cabida.

En España, y por desdicha nuestra, si para honrar la memoria de nuestros héroes y nuestros insignes poetas y escritores hemos sido asaz lentos y premiosos, para recompensarlos debidamente hemos sido ingratos, lo cual es mucho peor.

Cervantes, que vivió, y se le dejó morir, en la miseria; Colón aherrojado dando la vuelta á España; Martín Alonso Pinzón, olvidado en Palos; Hernán Cortés, muerto de misantropía en Castillejo de la Cuesta, después de haber conquistado para su patria el vasto y riquísimo Imperio de los aztecas; Santa Teresa de Jesús, teniendo que habérselas con muchos poderosos enemigos que la denunciaron á la Inquisición; y Fray Juan Pérez de Marchena sin haber llegado á obispo, son tristes ejemplos que exponemos á la consideración de nuestros lectores, sin mentar otros muchos que se quedan en el tintero, con cuya reseña habría para llenar un libro, libro acusador que nos habría de estigmatizar con la nota de ingratitud que, aunque se pretenda negar, pesa sobre nosotros.

Aquí del cuadro de las tres cucañas.

Sube un inglés por la primera: sus compatriotas le animan con voces y lo elevan hasta donde alcanzan sus manos.

Un francés trepa por la segunda: los franceses que le rodean le aclaman, gritándole: «¡adelante! ¡adelante!»

Un grumete español asciende por la tercera: es listo y valiente; se alza con facilidad por la percha



TITIRITERO ÁRABE, cuadro de Francisco Eisenhut

ensebada. Sus amigos, sus compatriotas los españoles, se le acercan, sí, pero no para ayudarle, sino para... tirarle de los pies.

Si todo esto no es patriotismo puro, venga Dios y véalo.

Para corroborar nuestra tesis sobre la *oportunidad*, terminaremos con afirmar que, en nuestro sentir, es inoportuno, y hasta peligroso, fumar en la cama; creer en la palabra de honor y hasta en los juramentos de un hombre político, si de política se trata, y dar oído á los que reclutan gentes para Buenos Aires.

Nada: que el hacerse cargo es una gran cosa, y la *oportunidad* es casi siempre prenda segura del acierto.

Agustín González Ruano

BOCETOS

EL AVE DEL PARAÍSO

No conoció más mundo que la virgen tierra de la feraz Oceanía, la frondosidad de sus inmensos y enmarañados bosques, la asombrosa vegetación de sus extensas llanuras, el espejo de sus lagos, el brillo de sus ríos, los vivísimos colores de sus flores, el embalsamado aroma de sus plantas, la azulada superficie de aquel mar inmenso, y el etéreo zafir de aquella tropical atmósfera; nada turbaba su completa felicidad: jamás había oído retumbar el disparo de una arma de fuego: el plomo mortífero, impulsado por una dilatación de gases en ese mecanismo perfeccionado por la civilización, nunca había herido allí á ninguno de sus habitantes. Nuestra ave del paraíso oyó por vez primera ese ruido extraño, y remontando su vuelo. colocóse oculta en la espesa copa de un eucalipto gigantesco: atisbó desde allí y descubrió otro ser para ella tan extraño como el ruido que la asustó un momento antes. ¡Hola!, dijo para sí misma, eso me parece un enemigo: yo no conozco esa clase de fiera; obremos con cautela, no le será fácil subir hasta donde yo estoy, y si lo intentara podría escaparme volando: examinémosle.

La imprudente curiosidad la hizo saltar de rama en rama; al ruido del follaje volvió su cabeza el cazador indio y al descubrir el ave de cabeza y gorguera de brillante esmeralda, dorado cuello, violado vientre y finísimas plumas de sus alas, con un movimiento imperceptible apuntó su arma... brilló una chispa: el ave no tuvo tiempo para tender sus alas, antes de oir la explosión sintió un agudísimo dolor y cayó junto al hombre aquel, que la recogió con avidez y después de cortarle las patas, colocándola cuidadosamente junto á otras del mismo género, prosiguió su marcha en busca de nuevas víctimas.

. . . .

Como desecho de tocador vino á mi poder la referida ave, ya algo ajada, pero con indicios de haber sido cuidadosamente disecada conservando su fino y delicado plumaje. Por un efecto incomprensible, como una especie de espiritismo perfeccionado, conservó, además de su sensibilidad, medios para poder referir todas las peripecias de las distintas posiciones sociales en que se había visto.

Refirióme que le habían cortado las patas para que se continuase en la creencia que habitaba en el paraíso de Mahoma alimentándose de vapor y de rocío, sin necesidad de posarse en parte alguna; que le sacaron las tripas como demostración de que solamente vivían para ostentar el brillo y colores de sus finísimas plumas... todo lo cual se cree á puño cerrado en aquellos pueblos que fueron cuna de la civilización primitiva.

Su entrada en el gran mundo, como ahora se dice, fué servir de adorno en el puño del yatagán de un rajah, cuyo príncipe, en celebración de un suceso más ó menos extraordinario, cortó la cabeza á varios de sus semejantes. Esta primera impresión

LAVANDERAS EN EL RÍO GUADAIRA, cuadro de D. Juan García Ramos. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

AL AIRE LIBRE, cuadro de Ramón Casas. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)



BELDADES LONDONENSES

(De fotografías de A. Bassano, reproducidas en la revista inglesa *Black and White.*)

fué muy tremenda, siendo para ella incomprensible que seres de un mismo género, especie y familia, pudiesen así matarse.

Del yatagán del rajah pasó á ocupar un distinguido puesto sobre el turbante de un sultán, cuyo revuelto y finísimo lienzo estaba cuajado de perlas y rica pedrería. Desde allí presenció millares de individuos respetuosamente inclinados ante aquel hombre, llevado en rico palanquín. Penetró en un inmenso palacio, cerráronse las riquísimas puertas y la turba popular que lo contempló, reverenció y casi adoró, quedóse afuera y con la boca abierta; y mientras esperaba trasladarse el ave, como decirse suele, de allí al cielo, con no menos asombro vió al gran sultán despojarse de todos sus adornos y atavíos, quedándose como otro mortal cualquiera, juguete, como todos, de las mismas flaquezas y miserias humanas.

Después de haber recorrido en todas sus fases el lujo asiático, y objeto de avidez de la coquetería europea, colocado en un elegante mostrador profusamente iluminado por medio del gas, fué adquirido por una señora mayor, la cual llevaba algunos años de antiguedad en el grado de jamona. Al abrir un portamonedas de piel de Rusia, el ave contempló con nuevo asombro que entregaba á cambio de ella un pedazo de papel lleno de signos, dibujos, sellos y firmas... Creyó de pronto que carecía ya de valor, pero modificó su creencia al ver que juntamente con ella, devolvían á la señora aquella varias monedas de oro y plata; sin embargo, no pudo dar con el *quid* de aquel enigma, por más que se devanase los pocos sesos que dejaron en su cabeza al disecarla.

Depositada en el tocador de la nueva dueña, á las pocas noches presentóse la respetable señora en su estado natural, es decir, tal cual era y tal como debiera presentarse, color sano, tirando á un moreno bastante acentuado, cabello negro con alguna imprudente cana, robusta de carnes con indicios de la formación de alguna que otra arruga... Sentóse en un elegante puf, punto convergente del triángulo formado por las superficies de tres grandes y tersos espejos; presentáronse tres individuas, al parecer doncellas, que debían emprender la restauración de aquella mole, empezando por apretar su cintura con un envoltorio de fajas de seda, tiras de gutapercha y planchas de acero, acomodando como mejor se pudo la fofa carne; con una porción de ingredientes titulados en junto «canastillo de belleza,» embadurnaron y estucaron la superficie cutánea de aquel fragmento del sexo débil, y aditando á su lacio y mortificado cabello una porción espantosa de trenzas y rizos, dejaron compuesto sobre aquel desalojado piso superior un monumento parecido á una pagoda; las operarias no se dieron aún por satisfechas, transformando aquel acentuado moreno en transparente rosa de cera y el negro de sus cabellos en un rubio finísimo, como pudiera ostentarlo la más inocente campesina noruega. Un riquísimo vestido de seda color tórtola, símbolo de su tendencia á atortolarse, con sobra de tela en sus faldas y escasez en su cuerpo, recargado de encajes, con dos grandes solitarios colgados de sus orejas y un hilo de gruesas perlas rodeando su cuello, hizo que se contemplase como satisfecha; y dando de remate fin á tamaña empresa colocóse el ave del paraíso en la parte izquierda de su peinado, sujetándola con un broche de brillantes.

En aquella atmósfera de refinados aromas el ave se asfixiaba; el alcohol de la Florida, Colonia y demás esencias, convertían aquello más que en delicioso jardín, en laboratorio químico; el cok de la estufa, más que el calor del sol del trópico, despedía un ardor de fábrica; la luz de las bujías de transparente esperma, por más que abundante, era débil y pálida. El arte y la industria no daban más de sí... el ave comparaba con todo aquello la espléndida y majestuosa naturaleza de su patria, y los esfuerzos de la vieja Europa quedaban desacreditados.

Al ponerse en marcha, cubrieron sus desnudos hombros con un abrigo de pieles de armiño, ¡otras víctimas inmoladas al fausto y la riqueza de aquel lujo! Entró en un elegante carruaje, en cuyas portezuelas y testero brillaban gruesos cristales, y muellemente reclinada en su acolchado forro, puestos sus pies sobre una rica y doble alfombra, cubriendo un calorífero, trasladóse al baile.

Aparentando una ligereza de piernas de pretérito, y una agilidad de movimientos que economizaba para casos extremos, subió la escalera, y penetró en el salón asida del brazo de un gomoso y almibarado pollo, perteneciente al indigesto género de los que como por tradición conocen la existencia del sol. El ave escuchó al paso varias palabras incoherentes cuyo significado no podía comprender, y cuya interpretación se le hacía más difícil porque eran cogidas, como las letras de una caja de imprenta, una de acá, otra de allá, entre las diversas lenguas de todas las naciones.

Estas se repitieron en confuso murmullo durante las horas de duración de aquel sarao, prolongado desde las doce de la noche hasta los albores del día; caso de inversión del orden natural de las cosas, lo que también sorprendió mucho al disecado animal.

Allí presenció el gavilán á caza de inocentes palomas, la culebra atrayendo al pajarillo incauto; repertorio de frases vacías de sentido, necedades mayúsculas y groserías admitidas como chistes, picarescas invectivas á cuya sola indicación quedaba rasgada sin soldadura posible la fama y el buen nombre de alguna persona; forzados ofrecimientos, mentidas sinceridades, nada faltaba allí para constituir en su parte material y moral una asquerosa entrega de la obra que la misma sociedad redacta y publica, titulada: *Gran tono.*

El ave del paraíso no pudo referirme en detalle cuanto allí vió y escuchó.

Aseguróme únicamente que aquello sólo podía compararse á una especie de complicado y gran fiambre en cuya composición entró mucha cantidad de comestible averiado, que fué preciso revestir de mucho adorno para presentarlo admisible, y aun así despedía cierto tufo que el estómago menos delicado no resistiría. Y que allí, más que en parte alguna, echó de menos la virgen tierra de la feraz Oceanía.

JUAN O. NEILLE

NUESTROS GRABADOS

Rosa Mística, cuadro de D. José María Tamburini (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Convencido Tamburini de que el arte no tiene límites trazados y que no se halla circunscripto sólo á la buena ejecución, ha empapado su inteligencia en las fuentes inagotables de los humanos conocimientos é impregnado su corazón en la poesía y el sentimiento. Por eso la preciosa rima de Víctor Hugo, *Comme au bout d' une branche on voit étinceler*, inspiróle el lienzo que tan admirado fué en una de las últimas Exposiciones; la sentida dolora de Campoamor *¡Quién supiera escribir!*, el precioso grupo del bondadoso párroco y la enamorada doncella, ó bien el que titula *Esperando*, perteneciente al género en que tanto se distinguen Coomans y Alma Tadema, que demuestra su aliento y brillante ejecución.

En el lienzo que reproducimos, *Rosa Mística*, adquirido por el Ayuntamiento para figurar en el Museo Municipal de Bellas Artes, una sola figura ha bastado al pintor para significar su pensamiento y dar á conocer su valía. La actitud, el colorido, el dibujo, la luz hábilmente combinada, y sus tonos claros resaltando sobre un fondo claro también, acusan cualidades é inteligencia. El bello á la par que severo rostro de la figura, la tonalidad del manto, verdadero derroche de ejecución justifican el veredicto del Jurado y el acuerdo del Ayuntamiento.

Sepárase esta representación de la augusta Madre de Jesús del convencionalismo casi litúrgico, del molde de las composiciones análogas, y sin embargo inspira respeto, porque en el delicado realismo que anima la obra distínguese la inspiración del creyente.

* * *

Zaragoza. – El dios de las aguas, cuadro de Joaquín Pallarés (premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. – Aunque joven, no es Joaquín Pallarés un artista novel, ni ha sido la Exposición de Bellas Artes de Barcelona el primer palenque artístico á que ha concurrido recogiendo triunfos y aplausos. El cuadro que reproducimos, premiado por el Jurado calificador y adquirido por el Excelentísimo Ayuntamiento para figurar en el Museo Municipal de Bellas Artes, es un excelente estudio, copia exacta de una de las vías más concurridas de la capital aragonesa. Composición, dibujo y colorido son verdaderamente notables, así como los tipos reproducidos, por serlo exactamente de los de aquella región.

El Sr. Pallarés desempeña el honroso cargo de profesor en la Escuela de Bellas Artes de Zaragoza.

* * *

Recuerdos de Ripoll (de fotografías instantáneas facilitadas por D. A. Atmetller). – Inmensos son los progresos realizados por el arte fotográfico de algún tiempo á esta parte; si á los que no hace muchos años habían de permanecer inmóviles y en postura incómoda fracciones de minuto que parecían siglos, les hubiesen dicho que llegaría un día en que las más perfectas imágenes se obtendrían tan rápidamente que ni cuenta daríase de ello la persona retratada, hubieran dejado ver aquella sonrisa de incredulidad con que nuestros padres saludaban las primeras noticias de cada nuevo invento, y que rara vez asoma ya á los labios de nuestra generación, acostumbrada á las más grandes invenciones y apercibida para las mayores sorpresas que vislumbra en lo futuro.

Hoy, gracias á esos adelantos y á los procedimientos y materiales con que se han facilitado y en parte suprimido las enojosas operaciones de antaño, pueden dedicarse á la fotografía personas completamente ajenas, si no al arte, á la profesión del fotógrafo, y así vemos propagarse la afición á ese *sport* entre gentes que buscan en él agradable pasatiempo y distracción instructiva.

Muchos son los que por recreo á la fotografía se dedican y no pocos los que han logrado en ella éxitos admirables, distinguiéndose en esta ciudad entre los primeros nuestro amigo señor Atmetller, cuyas son las pruebas fotográficas instantáneas que reproducimos. Nada diremos de ellas ni de los monumentos y escenas que reproducen: de aquéllas porque su perfección es evidente, sea cual fuere el punto de vista desde el que se miren; de éstas porque siendo varias y de gran importancia algunas, faltaríanos espacio si habíamos de describirlas como se merecen ó incurriríamos de fijo en lamentables omisiones si quisiéramos encerrar dentro de los límites propios de esta sección lo que para ser conocido ligeramente necesita más de un artículo exclusivamente á ello consagrado.

* * *

Titiritero árabe, cuadro de Francisco Eisenhut. – De notoria cuanto justa celebridad como pintor de asuntos orientales goza el autor del cuadro que reproducimos, y que representa á uno de esos tipos tan comunes en Oriente que con sus juegos de destreza, algunos de ellos tan atrevidos y raros que ningún europeo ha podido explicárselos, entretienen á un público entusiasta por esta clase de diversiones, que ve en ellas algo de magia ó sortilegio y á veces también de poder sobrenatural directamente recibido de la divinidad.

Eisenhut, de quien es también la *Muerte de Gul-Babá*, que publicamos en el núm. 453 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, demuestra en su *Titiritero árabe* haber hecho un estudio detenido y provechoso de los lugares, costumbres y tipos del continente africano, y poseer en alto grado las cualidades técnicas que le permiten trasladar tan brillantemente al lienzo las impresiones recibidas y las observaciones hechas.

* * *

Bellezas londonenses (de fotografías de A. Bassano). —La acreditada ilustración inglesa *Black and White* ha publicado recientemente este precioso ramillete de mujeres hermosas de la capital del reino unido. La excepcional belleza de los tipos reproducidos y la elegancia en el modo de combinarlos en artístico grupo, nos parecieron motivos suficientes para insertar el grabado en nuestra ILUSTRACIÓN, seguros de que nuestros lectores nos han de agradecer que, cediendo al deseo que siempre hemos mostrado por darles á conocer lo bello en sus múltiples manifestaciones, publiquemos una página bajo todos conceptos merecedora del calificativo de artística.

* * *

Lavanderas en el río Guadaira, cuadro de Juan García Ramos (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Juan García Ramos forma parte de esa pléyade de artistas sevillanos que reivindican en el glorioso período del renacimiento artístico peninsular el buen nombre de aquella escuela y sus excelentes tradiciones. Si las obras que ha producido no bastaran para atestiguar sus aptitudes para el arte que cultiva, demostraríanlas desde luego los premios y recompensas alcanzados en varios concursos. A semejanza de las obras de sus paisanos, distínguense sus cuadros por su carácter marcadamente andaluz, ya que sus asuntos son exacta reproducción de tipos y costumbres meridionales. Aparte de la seguridad y delicadeza de los trazos, obsérvase en ellos la brillantez siempre agradable de tonos que ofrece aquel rincón de la patria española, que á los encantos de la naturaleza pródiga, bella y fecunda, une el atractivo de sus leyendas, el recuerdo de su grandeza y sus interesantes tradiciones. De ahí que García Ramos, saturado su espíritu por el dulce ambiente de los cármenes y de los añosos bosques, arranca de su paleta esas combinaciones de color, de que tan gallarda muestra ha dado en el lienzo que reproducimos, y que sólo pueden concebir los que, como él, cultivan el arte con entusiasmo y escogen é imitan el país que les ofrece inagotables asuntos para trasladar al lienzo.

* * *

Al aire libre, cuadro de Ramón Casas (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Los que conocen á Ramón Casas notan en él cualidades de pintor de temperamento y dotes no comunes para reproducir la naturaleza, lamentando, en cambio, que en su empeño de determinar originalidad en sus obras, sea algunas veces poco feliz en la elección de asuntos. Y téngase en cuenta que Casas es un pintor de talento, tan modesto como laborioso, en cuyas obras se descubren siempre condiciones estimables, tan lejanas de lo vulgar que interesan al crítico y llaman la atención del observador. El afán de lo inédito, que quizás, y sin darse de ello cuenta, condúcele antes á extremar sus estudios del natural, se ha moderado notablemente. De ahí que se note en sus obras más facilidad y solidez en los esbozos y mayor gallardía en la ejecución.

Tres cuadros, resultado de su temporal residencia en la capital de la vecina República, remitió á la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. Un *Interior*, constituye un notable estudio en el que el pintor ha logrado vencer tantas dificultades como las que ofrece *Al aire libre*, que reproducimos, y *Orando*, de perfecto realismo, que tanto por el asunto como por su factura calificaría como místico un distinguido crítico.

En unión de su amigo y compañero Santiago Rusiñol, prepárase actualmente para formar una exposición de sus obras en el Salón Parés, recuerdo de sus excursiones veraniegas y de su invernada en París, que suponemos ha de llamar la atención de los inteligentes, con mayor motivo cuando los premios que acaban de concedérsele en la Exposición de Berlín y en el Salón de París atestiguan el mérito de este artista, á quien lo porvenir reserva merecida fama si continúa conduciendo la nave de su fantasía por seguros derroteros.

* * *

Campo de amapolas, cuadro de Antonio Fabrés (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Falto de tiempo, no pudo remitir Fabrés á la Exposición de Bellas Artes de Barcelona alguna obra de empeño de esas en que se hallase impreso el sello de su genialidad, limitándose á exponer tres lienzos, que si bien acusan, como todos los suyos, buen gusto y maestría, no es posible juzgar por ellos al artista. Nuestros lectores han podido admirar recientemente un precioso y notable dibujo á la pluma en el que se retrata la genialidad de Fabrés y su temperamento artístico.

Campo de amapolas, que reproducimos, así como *Flor campestre* y *Mediodía*, que son los tres lienzos que aportó al último concurso, son otros tantos estudios, recuerdos de su estancia en Roma y de sus excursiones por el Lacio, á las que debe Fabrés la revelación de sus aptitudes pictóricas y la resolución de cambiar los palillos por los pinceles.



Allí los dejaremos entregados á su amor

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONCLUSIÓN)

– ¿Pero qué hacía el conde en Mareuil en vez de estar en la Rivoironne? ¡Tan de mañana... es incomprensible!... Sin duda alguien le ha dado aviso...

Y fijó en la señorita de Sainte-Severe una mirada fulminante.

– ¡Sin duda usted misma!, añadió Blanca.

La joven sostuvo atrevidamente aquella mirada, y en vez de contestar limitóse á sonreir.

– Está bien, señorita, dijo la vizcondesa, lo tendré presente.

Y se dirigió hacia el vehículo, del cual descargaba el cochero el equipaje en aquel momento.

– ¡Pero estos no son mis cofres!, exclamó Blanca.

– Son los míos, repuso la señorita de Sainte Severe.

– ¡Ah! Es decir, que toma usted la delantera y nos abanbona!... Está muy bien, está muy bien.

Y dirigiéndose al cochero, añadió:

– ¡Al castillo, y lo más pronto posible!... Sr. de Maujeán, sírvase usted esperarme aquí. Voy á ver quién manda, si el conde de Bagrassand ó yo.

Y subió al coche, que se puso en marcha al punto; mientras Gilberto, inmóvil en el mismo sitio, veíala alejarse. ¿Sería posible que en el momento en que todo se arreglaba y en que la vizcondesa le pertenecía, la perdiese otra vez definitivamente? Hubiérase dicho que estaba petrificado; ni siquiera veía á la señorita de Sainte Severe, que le contemplaba con aire misterioso y que cansada al fin, fué la primera en romper el silencio.

– ¡Vamos! Despierte usted, Sr. de Maujeán, dijo. La vizcondesa de Cabrol está enojada contra mí en este momento, pero dentro de una hora me dará las gragracias... ¿Y no me las dará usted también? No me pida explicaciones, pues ya lo sabrá todo esta noche ó mañana... Por lo pronto voy á pedirle un favor; el equipaje me estorba mucho y necesitaría un coche para conducirlo á la Rivoironne. ¿Cree usted que encontraré uno en la posada antigua?

Gilberto miraba con asombro á la institutriz sin contestar.

– ¡Vamos!, dijo la joven, veo que aún está usted sorprendido... ¡Pues bien, sí, voy á la Rivoironne, á casa del conde de Bagrassand, porque desde hace una hora soy aya de honor de la señorita Laura!... Los puestos cambian, ya lo ve usted, pero la posición siempre es la misma. Así he andado toda la vida de ceca en meca, y ya comienzo á estar acostumbrada á ello. ¡Cómo ha de ser... la suerte hace de nosotros lo que se le antoja! Si decididamente va usted á Roma, señor de Maujeán, podríamos encontrarnos allí, pues el conde se propone viajar con su hija.

– Pero si el conde se casa...

La sonrisa irónica de la joven cortó la frase de Gilberto.

– ¿Aún cree usted, Sr. de Maujeán, repuso, que es fácil casarse con una mujer á pesar suyo?... Que una mujer se una con un hombre á pesar de éste, es cosa que se ve... aunque no siempre, preciso es convenir en ello.

Y la señorita de Sainte-Severe fijó en Gilberto una mirada penetrante que parecía querer explorar el fondo de su corazón para descubrir lo que tan á menudo había en él buscado; mas no encontró esta vez, como tampoco en otras ocasiones, lo que deseaba; y sin decir más, alejóse.

XII

El coche que conducía á la vizcondesa avanzaba rápidamente hacia Mareuil, sin dar tiempo á que se calmase la cólera de Blanca. Hubiera podido experimentar cierta inquietud y vacilación ante la idea de ver al conde después de aquella noche pasada en compañía de Gilberto; pero no pensó en tal cosa.

Preocupábala solamente la indigna conducta del conde; y el hecho de que se hubiera quedado con sus hijos como rehenes para obligarla á volver, la irritaba.

Apenas hubo llegado, dirigióse hacia el salón; allí estaba ya el conde de Bagrassand, sentado, con la frente apoyada en la mano, la mirada fija y pálido el rostro, que lo parecía más aún por el contraste con su barba negra. Al entrar Blanca, levantóse el conde y miróla atentamente; la exaltación en que la veía, el desorden de su tocado, la cólera que hacía temblar sus labios, indicáronle que debía renunciar á sus proyectos, y volvió la cabeza con expresión de dolor.

– Caballero, comenzó á decir la vizcondesa, va usted á devolverme...

Pero el conde la interrumpió con un ademán.

– Señora, repuso, sus hijos están ahí, en su habitación... todavía duermen y no saben nada... No se ha de inquietar por ellos; usted es su madre y no pretendo guardarlos. Si me he permitido retenerlos, impedirles que se reunieran con usted, es porque deseaba volver á verla á toda costa y yo no podía ir... donde usted se hallaba Mi objeto era pedirle una explicación...

Y añadió, cambiando de tono y con emoción profunda.

– Y también darle una queja.

– ¿Cuál?, preguntó Blanca con altivez.

Mas á pesar de la tranquilidad que trataba de afectar, Blanca comprendió que en aquella escena no estaría la ventaja de su parte; desvanecióse su resentimiento y su cólera se aplacó. Tal vez era necesario tener una explicación con aquel cumplido caballero para volver á la realidad, para que algunas palabras de buen sentido la hicieran salir de aquella atmósfera de locura que respiraba desde que huyera de Mareuil y que la embriagó junto á Gilberto. Era preciso que volviese á la razón... El dolor del conde comenzaba á conmoverla ya y preveía que aquella explicación con él no iba á ser violenta, pero sí más delicada y penosa de lo que había creído.

El conde continuó:

– Me quejo, señora, de que no haya tenido suficiente confianza en mí para decirme que llegaba demasiado tarde, que tenía usted compromisos que su conciencia no le permitía romper... Apenas hace una hora que tengo conocimiento de ello, por conducto de persona de quien usted sospecha ya, á la cual estaré eternamente agradecido por el favor que me ha dispensado... Sus palabras me han abierto los ojos; sus justas apreciaciones y su sentido práctico han disipado todas mis dudas... y sin embargo aún me resisto á creer y no puedo renunciar... Solamente espero una palabra de boca de usted para convencerme de mi desgracia. ¡Pronúnciela, y me resignaré!

Blanca había inclinado la cabeza y no contestaba. El conde hizo un movimiento de impaciencia y continuó:

– Yo había notado ya que usted vacilaba, que se consultaba detenidamente,



¡Cuán buena es usted, dijo, cuán buena!

extrañándole al parecer que yo hubiese pedido su mano... ¡Escúcheme usted, Blanca!... ¡Sin duda creyó que entre nosotros se trataba de un casamiento de conveniencia!... Por parte de usted, es posible... mas no por la mía... y bien puedo decirlo ahora, porque sufro demasiado para callarme... ¡Yo amo á usted, Blanca... y desde hace mucho tiempo!... La amo de tal modo, que si usted quisiera olvidaría todo cuanto acaba de pasar y volveríamos á poner las cosas como estaban... ¡Vuelvo á pedir su mano, Blanca! ¿Me la otorga usted?

La señora de Cabrol levantó lentamente la cabeza y miró al conde; en sus ojos revelábase un poco de sorpresa mezclada de compasión.

– Olvida usted, caballero, dijo, que vengo de la casa del Sr. de Maujeán, y que por lo tanto no puedo ya ser su esposa.

Bagrassand contestó con nobleza:

– ¡Puede usted serlo y jamás la creeré indigna de ello, si acepta! ¿Consiente usted?

Blanca bajó la vista otra vez y guardó silencio, mientras que el conde, después de mirarla con dolorosa ansiedad, dió algunas vueltas por el salón y detúvose de nuevo ante ella.

– ¿Y por qué huir, dijo, con un tono brusco, harto excusable por su dolor, por qué ir á buscar al Sr. de Maujeán?... Sí, ¿qué necesidad había de escapar? ¿No es usted la dueña aquí? ¿Tengo yo algún derecho sobre usted?

Y como Blanca no contestase, añadió:

– Si se casa usted con el Sr. de Maujeán, debe hacerlo aquí mismo, en su casa, en Mareuil, con el consentimiento de su abuela y delante de todos. Una vizcondesa de Cabrol no se casa de otra manera... Pero ¿cree usted que no habrá oposición por parte de la marquesa?

Blanca miró al conde, muda de asombro, sin contestar nada, reconociendo más claramente los peligros de la resolución que había tomado. La necesidad de explicarse con la marquesa para manifestarle su proyectado enlace con Gilberto era una dificultad que había previsto, pero alejando siempre de ella el pensamiento, y que, por lo demás, creía haber zanjado al fugarse del castillo.

El conde había comenzado de nuevo á dar vueltas por la habitación y reflexionaba; pero de pronto se detuvo ante Blanca.

– Pues bien, dijo, si usted quiere iremos juntos á ver á la marquesa para hablarle, pues en mi concepto debe usted preferir que yo mismo le anuncie que desisto... Es forzoso explicarle por qué la ceremonia de hoy no puede celebrarse... Y además, considero también indispensable que, si se casa usted con otro, pida antes su beneplácito.

Blanca, vencida por tanta generosidad, miró al conde con una sonrisa confusa y ofrecióle la mano.

– Dispénseme usted, señor de Bagrassand, repuso, me reconozco culpable... no he sido franca...

El conde estrechó la mano de la vizcondesa, pero no la retuvo en la suya; y como exaltado por su propio heroísmo, añadió:

– No debemos permanecer más tiempo aquí... Vamos á buscar á la marquesa. ¡Yo mismo abogaré por la causa de usted si fuere necesario!

Blanca se dirigió hasta la puerta, como bajo la influencia de un sueño, como si la moviera una voluntad que no fuese la suya, y obedeciendo sumisa al conde; pero como todo ello no le hacía olvidar lo que realmente la interesaba, no le pesó en el fondo la intervención de Bagrassand, que llegaba á tiempo para allanar las enojosas dificultades que en su concepto ofrecía una explicación con la marquesa. Aunque conocía los sentimientos de la anciana y su simpatía por Gilberto, ignoraba aún qué giro tomaría el asunto. Podía haber alguna escena teatral, una reacción repentina y una cólera indignada, cuando la marquesa, tan buena y tan benévola para el Sr. de Maujeán, supiera de pronto que osaba aspirar á la mano de su nieta, á una descendiente de la Fonfreide.

Encontráronla en su aposento, descansando en el sillón del que nunca se movía. Al ver entrar á los dos, á Blanca como víctima, resignada y algo confusa, y al conde muy grave, con expresión sombría y fruncido el ceño, sonrióse y los miró de reojo. Desde el amanecer había estado muy preocupada á causa de las idas y venidas insólitas que oía en el castillo y de las conversaciones animadas que se escuchaban en el salón, no siendo la menor de sus sospechas ver una hora antes á la señorita de Sainte-Severe presentarse para anunciar que se marchaba, sin alegar razón alguna.

– ¡Vamos! Aquí ocurre algo extraordinario, dijo. ¡Hablad, hijos míos! Comience usted, Sr. de Bagrassand, que parece el más enojado.

– Querida tía, repuso el conde, vengo, efectivamente para comunicar una noticia que tal vez la sorprenda... La vizcondesa de Cabrol ha tenido escrúpulos...

– ¿No se casa ya con usted?

– Ha creído comprender que desde hace mucho tiempo el Sr de Maujeán le profesaba el más profundo cariño...

– ¡Ah!, exclamó la marquesa.

Y miró alternativamente á Blanca y al conde sin que su fisonomía cambiase, sin que desapareciera su sonrisa burlona, y limitóse á contestar simplemente:

– ¡Bah! Siempre lo sospeché.

– Sus derechos son anteriores á los míos... Si la vizcondesa ha esperado tanto tiempo para confesárselo á usted, si me ha permitido adelantarme para ofrecerle mi mano, es porque temía alguna resistencia de parte de usted...

– ¡Qué locura!, contestó la anciana volviéndose hacia su nieta. Al fin y al cabo ella es la principal interesada.

Blanca se sintió conmovida hasta el fondo del corazón y dió un paso para precipitarse en brazos de su abuela; pero el conde prosiguió:

– En tales condiciones, réstame sólo retirarme, dejando el puesto libre para el Sr. de Maujeán...

– ¡Espere usted!, replicó la marquesa. Permítame decirle, sobrino mío, que la cosa toma un giro favorable para usted, porque los matrimonios entre parientes no valieron nunca nada Blanca es prima de usted y yo no veía con mucho agrado semejante unión. Sería deplorable que una raza tan hermosa como la de usted degenerase... Ya encontrará de sobra otra mujer con quien no tenga parentesco y con ella podrá formar un buen tronco de nobles Bagrasands.



Blanca había inclinado la cabeza y no contestaba

– No me casaré, dijo el conde.

Tal vez le enojaba un poco el tono bonachón y cómico con que la anciana contestaba á su renuncia, despojándole de algo de esa grandeza caballeresca que él quería comunicarle.

Y saludando con frialdad, salió de la estancia.

Blanca permanecía en pie con el corazón sobresaltado de alegría, y cuando oyó que los pasos del conde se alejaban, parecíale que todas las penas, todos los enojos y las dudas que la inquietaron antes se desvanecían para siempre. Entonces consideróse feliz... ¡Qué pronto se había realizado todo! ¡Con qué

bondad y cuán fácilmente se había anticipado la marquesa á sus deseos! Y volviéndose hacia la anciana con una sonrisa, dejóse caer de rodillas.

– ¡Cuán buena es usted, dijo, cuán buena!... ¿Cómo decirle...

La marquesa acariciaba á Blanca tiernamente.

– Sí, repuso, ábreme tu corazón, hija mía, dímelo todo... Ya comprendo que algo grave habrá mediado, pues desde esta mañana noto en esta casa mucho trastorno... En resumen, hija mía, al renunciar á él, sacrificas grandes ventajas; pero no eres tan digna de lástima como alguien pudiera creer... Hace algunos años, á fuerza de economías he podido cancelar todas las hipotecas que pesaban sobre Mareuil... y Mareuil vale un millón. Con esto y con lo que te dejaré después de mi muerte se puede vivir sin más que imitar mi conducta...

Blanca quiso interrumpir á la marquesa con un ademán de cariño.

– Sí, continuó la anciana sonriendo y cogiéndose con fuerza al brazó de su sillón, me defiendo; pero algún dia será forzoso...

La marquesa se interrumpió y sonrióse como si le ocurriera alguna idea agradable.

– Lo que más me agrada en todo esto, dijo, es ver cómo se han frustrado los planes de la condesa de Chalieu, y seguramente me harán reir los aspavientos de las señoras de Preville y de Tertre, que sin duda hacen ya sus preparativos... De aquí á un momento, cuando sepan que todo ha cambiado, ya verás cómo te felicitan por tu elección... ¡y también al mismo Sr. de Maujeán!.. Sin embargo, hija mía, reflexiona aún, porque con tu proceder impones una enorme deuda de gratitud á ese Sr. de Maujeán, y será preciso que éste tenga el alma muy elevada y el corazón intrépido para no flaquear... Por él renuncias á algunos millones, á un gran nombre y á un hermoso título... en fin, te creas una posición excepcional. ¿No te arrepentirás nunca de lo que haces?

– ¡Jamás, abuelita mía, jamás!

– ¡Pues bien: te casarás con él si le amas!... Bien mirado, siempre habrá un Guy y una Juana de Cabrol... Y yo también quiero á ese Maujeán, porque es un buen muchacho... En mi larga vida he visto muchas cosas y tenido tiempo para reflexionar... Quiero decirte ahora lo que me ha enseñado mi antigua experiencia...

Y bajando la voz, acercóse á su nieta, como si fuese á revelarla un secreto de su casta y no quisiera que nadie oyese la confidencia más que Blanca.

– Sí, dijo, un gran nombre, un título nobiliario es muy apreciable cuando se sabe llevar bien; mas por desgracia, no todos tienen bastante talla para esto; algunos lo consideran como un peso que les agobia; mientras que otros olvidan su clase... Nuestras filas se merman mucho, y si no las renovamos, acabaremos por desaparecer. Es preciso, pues, permitir que otros ingresen en ellas, pero hay que elegirles con prudencia, con discreción... Los chapados á la antigua se contristan al ver esto, como si no hubiera sido siempre así; y aun hoy día hacen comprender á esos intrusos, durante algún tiempo, que no son de noble estirpe... Después lo olvidan y acaban por conformarse con todo. No hay más remedio, puesto que es necesario... Cuando me dicen que vivimos en el tiempo de la democracia y que esas cosas no tienen importancia ya, no puedo menos de reirme. Desde que los franceses son todos iguales, jamás se necesitaron tanto las distinciones; y esto no debe desanimar á nadie, puesto que cada cual, él ó sus hijos, puede llegar al puesto que nosotros ocupamos... Pues bien: el Sr. de Maujeán me parece uno de esos hombres; era casi uno de los nuestros, y lo será del todo, gracias á ti. Esto es lo que yo quería decirte.

Y la marquesa levantó la voz como si ya hubiese terminado su confidencia.

– Ahora, continuó, puedes hablar, hija mía, confiésamelo todo... ¿Qué has hecho desde esta mañana, ó, mejor dicho, desde anoche, cuando estabas tan pensativa? Pero siéntate; ya has permanecido bastante tiempo de rodillas.

Blanca se levantó con ligereza, y siempre graciosa y risueña fué á sentarse junto á la anciana. Después, como si tratase con una amiga en quien se tiene plena cofianza, sin ocultar nada, sin omitir casi el menor detalle, dióle cuenta de su fuga y de su llegada á casa del Sr. de Maujeán... añadiendo que éste la estaba ahora esperando allí, poseído tal vez de angustia é incertidumbre.

– ¡Pues es preciso mandar á buscarle en seguida!

El coche volvió á salir para Chatillón; pocas horas después Gilberto llegó, y conducido de la mano por Blanca, presentóse á su vez á la marquesa.

– Abráceme usted, Sr. de Maujeán, díjole la anciana. Si para usted es un honor, como yo creo, casarse con mi nieta, crea que para mí es una dicha concedérsela.

El matrimonio se efectuó tres semanas después, y según lo había previsto la marquesa, la señora de Chalieu y sus amigas, que quisieron quedarse para realzar la ceremonia con su presencia, apresuráronse á cumplimentar á Gilberto.

En cuanto al conde, había emprendido un largo viaje con su hija, acompañada de la señorita de Sainte-Severe, á quien estaba profundamente agradecido por haberle avisado á tiempo, librándole así del peligro que le amenazaba, el ridículo del hombre abandonado por su esposa el mismo día de su matrimonio... ¿Será necesario decir que al encontrar la institutriz bajo la puerta de su habitación la misiva de la vizcondesa, y reconociendo hacía largo tiempo las luchas interiores de su señora, adivinó sus proyectos de fuga, comprendiendo que quería que ella le ayudase? Al primer golpe de vista dióse cuenta de la situación y consideró cuáles eran las probabilidades más favorables para Blanca; aseguróse de que no había nadie en su aposento y dispuso que la condujeran á la Rivoironne.

Al escuchar á la señorita de Sainte-Severe, el conde admiró el buen sentido, recto y práctico de la joven, y conmovióle la bondadosa prontitud con que había ido á proporcionarle el medio de salir de aquel paso difícil sin menoscabo de su honor, á la vez que una oportunidad de mostrarse magnánimo. No se olvidan semejantes servicios, y el conde de Bagrassand aprovechó al punto la circunstancia que se le ofrecía de ser útil á la señorita de Sainte-Severe: como con el paso que acababa de dar se había cerrado las puertas de Mareuil, admitióla en su casa como institutriz de su hija. En lo sucesivo sólo de él dependía recompensar mejor á la joven. El conde, con esa fortaleza de alma que le había permitido ocultar tanto tiempo su amor á la vizcondesa sin que nunca se trasluciese en lo más mínimo este afecto, se resignaría también con igual estoicismo á su pérdida; y si, por otra parte, la señorita de Sainte-Severe maniobraba respecto á él como lo hizo con Gilberto, tal vez alcanzaría alguna recompensa mayor. No deja de ser este el principal objeto de todas las llamadas señoritas de compañía, y nada tiene de particular que lo alcancen. Sin embargo, podría parecer extraño que un día ú otro aquella joven fuese llamada á compartir los millones del conde, si bien no era de esperar semejante cosa por el pronto. Harto tiempo les quedaba á uno y otro para meditar durante sus conversaciones en aquellos largos paseos que les condujeran de Florencia á Roma y de Roma á Nápoles...

Sin duda para evitar un encuentro con el conde, el Sr. de Maujeán y su esposa resolvieron emprender su viaje de boda en otra dirección y marchar desde luego á Escocia. Allí los dejaremos entregados á su amor y discurriendo por las orillas de los grandes lagos solitarios entre los altos brezos floridos. Habían vivido en la intimidad, ocultando su pasión, y ahora necesitaban explayarse, hacerse la mutua confesión de lo que sentían el uno por el otro. La historia de sus corazones ha terminado. Esa pareja feliz desaparece entre las brumas risueñas detrás de las blancuras nupciales de las nubes que la ocultan. Dejémosla perderse en ellas y disfrutar de la dicha que justamente merecía.

TRADUCIDO POR ENRIQUE L. DE VERNEUILL



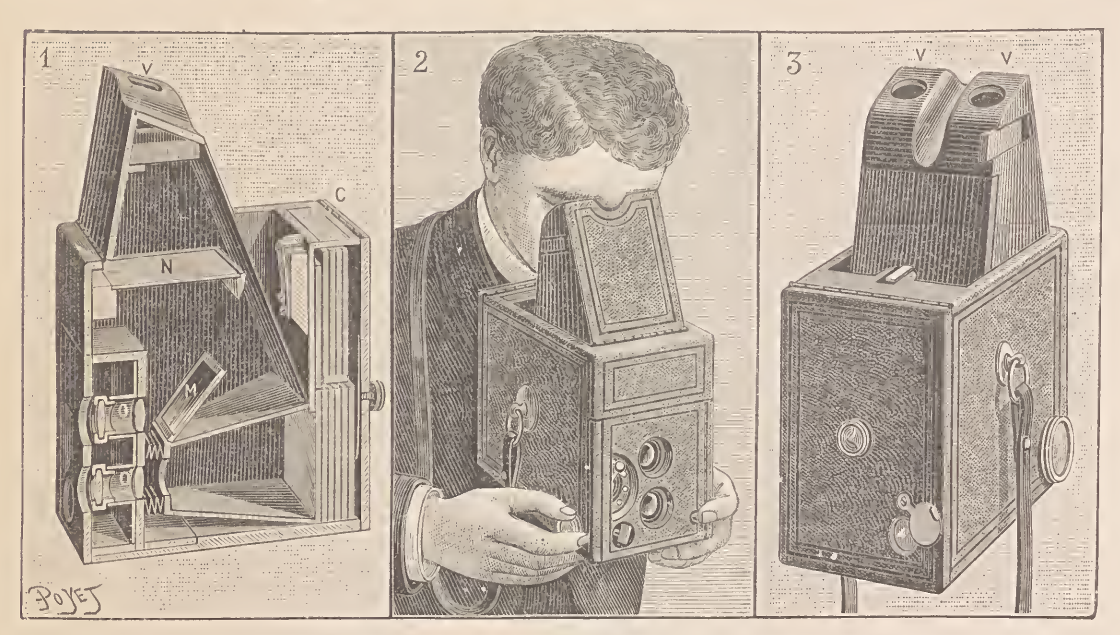
SECCIÓN CIENTÍFICA

LA FOTOGRAFÍA INSTANTÁNEA

CONDICIONES QUE DEBE REUNIR UN BUEN APARATO SIN PIE

Los aparatos fotográficos portátiles que no necesitan pie que los sostenga, permiten tomar vistas tan originales como inesperadas, siendo prueba de la muy problemática. Nos encontramos, pues, en presencia de dos sistemas: uno sencillísimo, que consiste en no operar sino á más de 100 focos, pero que limita de una manera estricta los estudios que puedan hacerse, y otro en emplear un dispositivo que permita realizar lo que la teoría indica, es decir, poner á foco los objetos, sea cual fuere la distancia á que se encuentren.

Esta solución es más complicada, pero nos parece



Figs. 1, 2 y 3. Aparato de fotografía instantánea de los señores Londe y Dessoudeix

importancia que tienen el gran número que de ellos se han inventado. Ahora bien: ¿qué condiciones debe tener un aparato de éstos? En primer lugar debe ser portátil, y por ende del menor volumen y peso posibles; en segundo es indispensable que las imágenes resulten irreprochables desde el punto de vista de la limpieza, pues una prueba de pequeño tamaño sólo puede tolerarse cuando es perfecta; y por último, es preciso que el fotógrafo esté siempre á punto de operar; pues como la ventaja del aparato está en proporcionar vistas ó retratos que de otro modo no podrían obtenerse, hay que servirse de él como de un fusil, es decir, apuntando y disparando instantáneamente. Pero no es esto todo: muchos quieren que el aparato no sea visible, para no llamar la atención de sus modelos involuntarios, y de aquí la multiplicidad de pequeños aparatos, que se colocan debajo del chaleco, en el sombrero, etc.

A priori se ve que muchas de estas cualidades son incompatibles; así, para disponer de un aparato poco voluminoso, es preciso disimularlo ó plegarlo, pero entonces ya no está siempre dispuesto para funcionar: hay, pues, que prescindir de una y otra condición, creyendo nosotros preferible adoptar la segunda, es decir, tener un instrumento siempre preparado.

Por lo que toca al peso, una buena elección de los materiales y preparaciones empleados permitirá conciliar un máximo de solidez con un peso mínimo; esta reducción no debe, sin embargo, ser excesiva, porque cuanto más ligero es el aparato menos limpia resulta la imagen á causa de la acción del dedo sobre el muelle y del movimiento que, al ser soltado, produce el obturador. En lo que respecta á las preparaciones sensibles, las películas ofrecen ventajas sobre las placas, pero como la fabricación de las primeras no ha alcanzado todavía la perfección que la de las segundas, es preferible por ahora servirse de éstas.

La cuestión de la limpieza es muy compleja y entraña grandes dificultades. Sabido es que para obtener la limpieza más completa es preciso que los objetos que se reproducen presenten su imagen en un plano, que varía según su distancia del aparato, por la ley de los focos conjugados. Sin embargo, más allá de cierta distancia las prolongaciones de la focal llegan á ser prácticamente nulas; esta distancia es igual á cien veces la longitud focal del objetivo.

En su consecuencia, más allá de esta distancia todos los objetos serán igualmente limpios y no habrá necesidad de poner á foco, resultando el instrumento automático. Esta obligación de no operar sino más allá de 100 focos, demuestra desde luego que con tales aparatos no podrán abordarse los estudios de los primeros planos: cierto que con la interposición de diafragmas más pequeños puede disminuirse esta distancia, pero entonces se suprime luz; y como el aparato sólo opera con posturas rápidas, en algunos casos la existencia misma de la imagen podrá ser muy superior á la primera, porque en ningún caso el operador se verá desarmado como en la otra aconteće. Entre los dispositivos más frecuentemente indicados para obtener el enfocamiento de los diferentes planos, hay el que consiste en graduar experimentalmente el carro de la cámara ó el tubo del objetivo para determinadas distancias; de modo, que conociendo la distancia, el buen resultado es seguro. En principio parece esto muy sencillo, pero no lo es en la práctica; pues basándose en el conocimiento de la distancia, y siendo ésta en muchos casos desconocida, habrá que apreciarla, y sabido es de cuántos errores son ocasión estas apreciaciones.

Se hace, pues, necesario operar de distinto modo. En todo aparato portátil se hace uso de miras que sirven para poner el objeto en placa y darse cuenta de la imagen obtenida; estas miras, formadas por una diminuta cámara con objetivo de muy corto foco, dan una imagen sensiblemente limpia, porque el infinito comienza para tal objetivo á una distancia sumamente pequeña, pero no dan indicación alguna sobre la limpieza de la imagen que se fotografía, y pueden por esta razón inducir á error.

Los precedentes hechos y consideraciones nos han inducido á combinar con M. C. Dessoudeix un dispositivo de cámara portátil cuya descripción vamos á dar.

Constituye el aparato una caja cubierta de estuche, que contiene todos los órganos, los objetivos, la mira, la cámara obscura, el obturador y el depósito de placas. En un tabique interior hay los dos objetivos de igual foco: uno, el inferior, destinado á reproducir la imagen que se fotografía; otro para apuntar y comprobar el enfocamiento. A este efecto, la imagen dada por este último objetivo es enviada por el espejo M al cristal opaco N (fig. 1) pudiendo examinarse por un bonete especial V, V (fig. 3), que durante el transporte va plegada y se desarrolla con sólo apretar un muelle, y cuyas dos aberturas practicadas á la distancia de los ojos (fig. 2) permiten ese examen. El tabique de los objetivos puede avanzar ó retroceder por medio de una cremallera que se hace funcionar por medio de un botón exterior colocado á la derecha del aparato. Como el aparato está regulado de modo que la imagen recibida en la placa y la que se ve en el cristal opaco sean igualmente limpias, toda variación de la distancia focal será la misma en uno que en otro lado, y por consiguiente bastará poner á foco la imagen en el cristal opaco N para tener la seguridad de que también lo está en la placa sensible, con lo cual no caben equivocaciones. La figura 2 representa exactamente la posición del operador en el momento de la operación: mira el objeto y le sigue sobre el cristal opaco; su mano derecha acciona sobre la cremallera, si es necesario, y cuando el objeto está á foco y se presenta limpio suelta el obturador con el índice de la mano izquierda, de modo que no se pierde tiempo entre el momento de la postura á foco y el de la operación. Este dispositivo, combinado con la movilidad del tabique portaobjetivos, permite operar desde el infinito (100 focos), que en los objetivos en este aparato empleados corresponde á 10 metros, hasta 50 centímetros, lo que en caso de necesidad permite hacer retratos ó primeros planos en grande escala.

No habiendo hasta el presente encontrado películas de uso tan seguro como las placas, continuamos sirviéndonos de éstas. El aparato contiene once, colocadas en un depósito á doble compartimiento, idéntico al empleado por M. Fol en su fusil fotográfico. Este sistema, además de ser de los más sencillos, es de los menos voluminosos, puesto que el sitio perdido no es más que una dozava parte del volumen total, cuando en los otros aparatos es á veces de 50 por 100. La única precaución que debe tomarse es que los cuadros que contienen la placas sean fabricados con gran precisión, porque han de sustituirse unos á otros para reemplazar una placa expuesta por la siguiente. Es, además, indispensable que las placas, en cada cuadro, estén exactamente aplicadas sobre la hoja anterior, y que la pila de cuadros que está enfrente del objetivo se apoye perfectamente en la parte posterior de la cámara.

M. Dessondeise ha realizado estos diversos desiderata por medio de dispositivos muy ingeniosos: los cuadros llevan al dorso una numeración de combinación doble, que permite, de una parte comprobar el cambio de las placas, y de otra encontrar fácilmente tal ó cual placa para desarrollarla. La inspección de los números se hace al través de una abertura practicada en la parte posterior de la cámara y cerrada con un cristal encarnado.

Para efectuar el cambio de placas basta aflojar el botón colocado en el centro de la pared posterior, y cuyo papel consiste en inmovilizar las placas durante el transporte; y operando entonces una rotación completa del aparato, de atrás hacia adelante, la placa encuéntrase en un instante cambiada de sitio y se puede operar de nuevo en seguida. De suerte que este almacén presenta constantemente una placa en el foco del objetivo, siendo preciso, para evitar los velos, tener un obturador que pueda ser armado sin que la luz penetre en la cámara, resultado que se obtiene por un mecanismo cuya descripción nos llevaría muy lejos.

Al obturador puede dársele naturalmente velocidades variables, según las hipótesis, y puede modificarse, según los casos, la abertura de los diafragmas.

Tal es el aparato de que hace muchos años nos servimos; y sin pretender que sea el *non plus ultra*, que nos parece de problemática realización, reune, á nuestro modo de ver, las siguientes ventajas: disponibilidad inmediata, fácil colocación de la placa, enfocamiento exacto y posibilidad de operar á cualquier distancia. De ello resulta que, puesto en manos de personas prácticas, puede con este aparato llegarse á una producción mucho más considerable que con los demás. Algunos pretenden juzgar del valor de un aparato de mano sólo por algunas pruebas;



Fig. 4. Muestra de una fotografía obtenida con el aparato de Londe y Dessoudeix

pero proceden equivocadamente los que tal hacen, porque con instrumentos medianos se obtienen á veces clisés excelentes. El verdadero criterio es el tanto por ciento de las pruebas que hayan salido bien: únicamente por esto debiera guiarse el operador, con lo que se evitaría muchos fracasos.

Alberto Londe

(De *La Nature*)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61. París.–Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y C.ª, Diputación, 358, Barcelona



CAMPO DE AMAPOLAS, cuadro de D. Antonio Fabrés. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 14 de septiembre de 1891 — Núm. 507

TOMÁS SANZ. LIBRERÍA

¡VIAJEROS AL TREN! *por Padrós*



1



2



3

✛ PUBLICIDAD EN LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ✛

A partir del pasado mes de Abril, ha empezado á publicarse una nueva Sección de Anuncios en las páginas I, II, III, IV de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, como puede verse en el presente número.

Basta fijarse en el gran número de páginas destinadas para anuncios, que figuran en las Ilustraciones francesas, inglesas, alemanas, norteamericanas, polacas, austriacas, etc., etc., y el elevado precio á que se pagan (algunos á 4 y 5 francos línea corta) para quedar convencido de la importancia que revisten esta clase de anuncios.

La ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es una publicación universalmente conocida, que circula principalmente entre las clases acomodadas y la buena sociedad española y americana, y cuya tirada, que es regularmente de

20,000 EJEMPLARES (más de UN MILLÓN de ejemplares cada año)

tiene que aumentarse todos los días por aumentar también el número de sus abonados.

Ofrecemos á nuestra clientela todos los medios de investigación necesarios para comprobar la exactitud de nuestra afirmación.

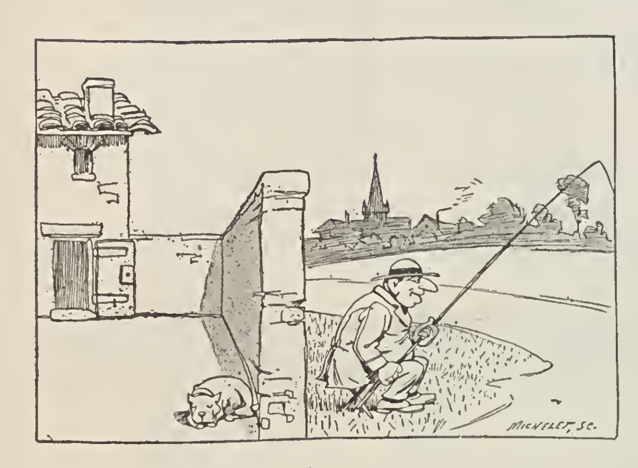
Exigiendo iguales justificantes á los demás periódicos, los señores anunciantes podrán convencerse de que la tirada de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es, no solamente superior á la de las otras publicaciones ilustradas, sí que también á la de la mayor parte de nuestros periódicos diarios.

Nuestra Sección de Anuncios resulta, pues, un poderoso elemento de publicidad para el comercio, pues entre sus muchas ventajas tiene la de ser un anuncio para toda España, igualmente que para las Antillas y América del Sur, cuyos mercados son actualmente el punto de mira de la industria española.

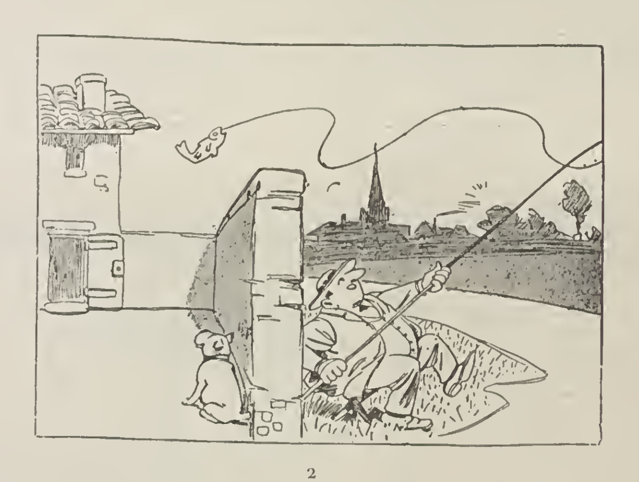
Como bajo el punto de vista de su permanencia, los anuncios de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA surten todos los efectos de un anuncio diario, porque cada número es leído por varias personas permaneciendo muchos días á la vista antes de ser coleccionado y encuadernado, publicamos quincenalmente nuestra nueva Sección de Anuncios.

Dirigirse para estos anuncios á los Sres. CALVET Y RIALP, Oficinas de Publicidad, Diputación, 358, bajos; BARCELONA

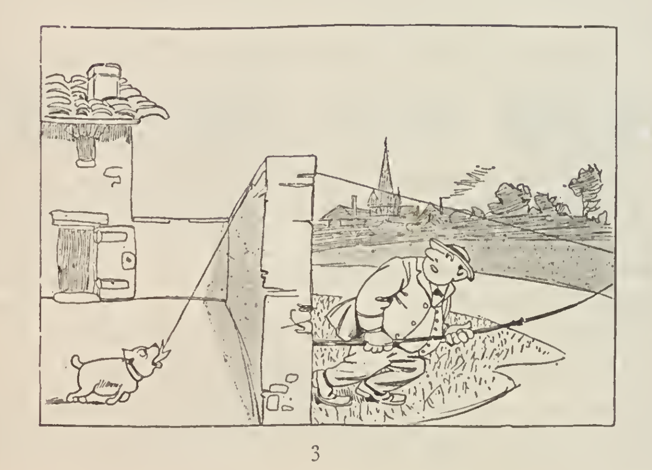
¡UNA PESCA DESGRACIADA! *por Godefroy*



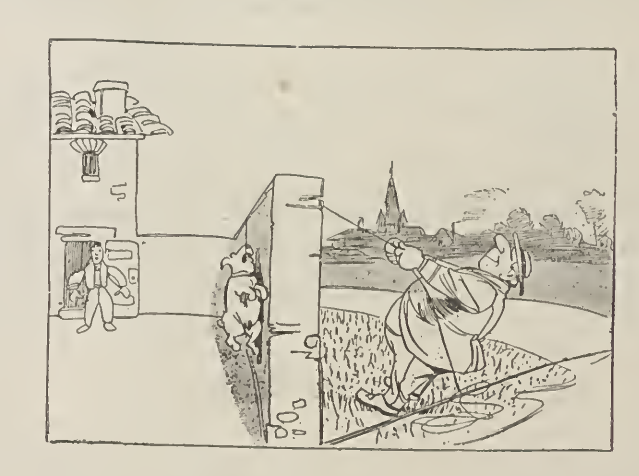
1



2



3

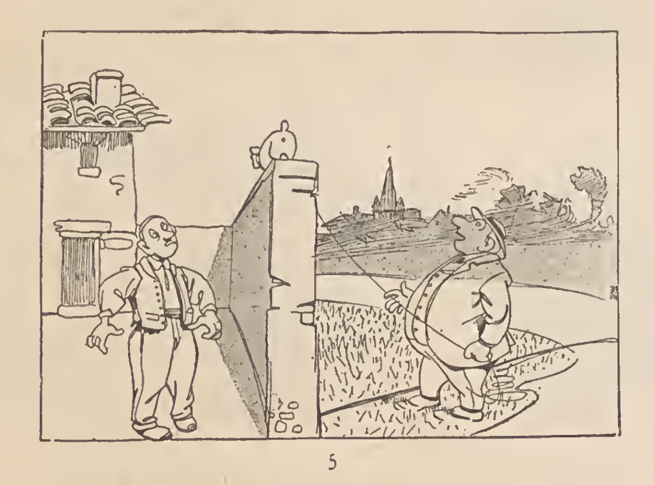


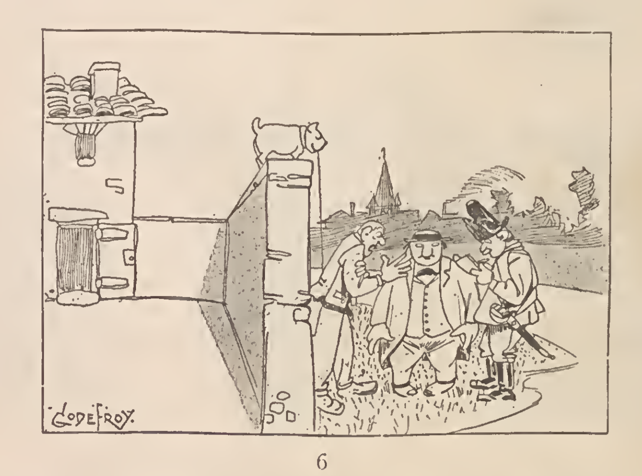
4

(Continúa en la pág IV)

(Véase la pág. III)

¡UNA PESCA DESGRACIADA! *por Godefroy*


5



6


Tipografía LA ACADEMIA
Barcelona
Ronda de la Universidad, n.° 6